

1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 108.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

—
El baile taitiano ; grabado. — El duende crítico de Madrid. — Revista de Paris. — La novena de Santa Genoveva patrona de Paris ; grabados. — Kamiesh y Kazatch ; grabados. — Un matrimonio á la antigua. — Fabricación de las bugias ó velas de esperma ; grabados. — La vuelta del almirante. — La mantilla de tira, música. — La hija del capitán. — Curiosidades de Inglaterra. — Colegio de Dulwich ; grabados.

El baile taitiano.

El distinguido capitán de la marina francesa, M. Dupouy que en el viaje que hizo de la Argelia á los mares del Sur, tuvo ocasion de visitar y observar las costumbres curiosas de Taiti, nos ha dejado un álbum de dibujos que recuerdan su permanencia en esa isla, entre los cuales hemos elegido el que representa un baile de jóvenes taitianos, el baile citado algunas veces con el nombre de *Upa, Upa*, en el que se manifiesta el ardor de los jóvenes insulares con mayor gracia y energía. Estas escenas de baile de un pueblecillo medio salvaje que se creeria aun en la edad de oro, constituyen la distracción principal de los taitianos, que despliegan en ellas talentos coreográficos imposibles de imaginar,

aunque por lo comun pueden tacharse de demasiado libres ; aun en el dia que las bailarinas llevan vestidos blancos y coronas de flores en la cabeza, los ademanes y las figuras son un tanto salvajes.

La orquesta indígena se ha transformado en los últimos años. En otro tiempo se componia de una flauta con tres agujeros, en la cual una de aquellas ninfas de la mar soplaba con la nariz, de tamboriles de todos tamaños, de trompetas macizas y de *iharas*, especie de tamborcillo formado con una punta de bambú, abierto de un extremo al otro, donde se tocaba con un palo. Parece que la caja moderna y la flauta han destronado aquellos instrumentos primitivos.



El baile taitiano conocido con el nombre de *Upa, Upa*.

El Duende crítico de Madrid.

Aunque tenga visos de novela no es lo que se va á referir sino historia. Entre los oficiales portugueses, que durante la guerra de sucesión á la corona de dos mundos pelearon por la casa de Austria, contábase don Manuel Freire de Silva, jóven de ilustre cuna y de instrucción y capacidad nada vulgares. Terminada la lucha, se le convirtió el marcial ardimiento en fervor religioso y tomó el hábito de carmelita descalzo en la provincia de Navarra, desde donde vino á la de Castilla la Nueva, luego de acabar los estudios monásticos y de servir en su orden varios importantes oficios. Frai Manuel de San José, llamóle en el claustró; y con su ameno trato, finos modales y buen talento, se granjeó la voluntad de lo mas escogido de la córté española, muy á gusto de la portuguesa, que sin el exterior aparato de ministro le queria por agente secreto de sus políticos intereses. Habiendo ido á Lisboa en 1734, le trataron los de mas alta alcurnia como á personaje de cuenta, y á su vuelta á Castilla, le encomendó el rey de Portugal que ajustara las bodas de la heredera del conde de Villanueva con el hijo segundo de la duquesa de Veraguas, primera dama de Isabel de Farnesio y la de mayor valimiento entre todas. Además de la casa de Villanueva, opulentísima de suyo, debia recaer la de los condes de Cadaval en aquella señora, y con celos Juan V de que juntara tan poderosa grandeza un vasallo, quiso evitarlo casando á la jóven afortunada en Castilla, por ser á la sazón ley de aquel país que las hembras enlazadas con extranjerós no heredaran transversalmente.

Poca habilidad tuvo que poner frai Manuel de su parte, pues halló muy propicia á Isabel de Farnesio, que así iba á lograr la ventaja de que cerca de su hija doña María Ana Victoria, princesa del Brasil, estuviese una persona tan de su confianza como la que iba á dar mano de esposo á la condesita de Villanueva. No obstante sobrevino un tropiezo. Al carmelita pareció justo que doña Bárbara, hija del rey de Portugal y princesa de Asturias, interviniera en aquellos tratos, y la duquesa de Veraguas asintió de buen grado á este acto de cortesía; pero Isabel de Farnesio, nada afecta á la mujer de su hijastro, dijo desenfadadamente que no se necesitaba de tantos interlocutores. Al saberlo el rey de Portugal, sintióse ofendido del menosprecio experimentado por su hija, y en despiques aceleró el casamiento de la condesita de Villanueva con el tercer hijo del marqués de Fabora, muy inferior en todo al segundo de la duquesa de Veraguas, para hacer mas sensible el golpe. Sobre manera altiva Isabel de Farnesio y no acostumbrada á contrariedades, se propuso tomar venganza, y un caso fortuito se la proporcionó estrepitosa.

Era el domingo de carnaval de 1735 y los madrileños andaban por calles y paseos de bulla, cuando un corto destacamento de tropa apareció donde es ahora el Prado, custodiando á un preso, que montado en un asno y sujeto con cuerdas y grillos, le acababa de entregar junto á la puerta de Alcalá el alcalde de un lugar inmediato. A la bajada del Retiro habia entonces un arroyo y un puente, y la muchedumbre allí agolpada, comenzó á silbar á los soldados y á gritar que las carnestolendas permitian indulgencia con los malhechores, y que si pasaban el puente se habian de quedar sin el preso. No les valió evitar la estrechura y echar por el arroyo, pues unos lacayos del embajador portugues, señor de Belmonte, que á lo último de la calle de Alcalá tenia la casa, les insultaron y amenazaron con apoderarse del reo si le llevaban por frente de casa de su amo; y aunque los soldados lo tomaron á burlas, lo hicieron los lacayos de veras, atropellando impetuosamente la escolta y metiendo en el zaguan del embajador al preso, montado en el asno como venia. Los de tropa se empeñaron en recuperarle, los lacayos en defenderle, el paisanage queria lo mismo, el delincuente imploraba misericordia; y saliendo el embajador á los gritos, cuando los representantes de la autoridad estaban en fuga, hizo depositar al reo en el convento de la Trinidad, ya que á su proteccion se habia acogido, despidió á los lacayos, para que su librea no embarazara el castigo del atentado, y lo puso todo en noticia del Presidente del Consejo.

Como el señor de Belmonte ignoraba completamente los desabrimientos entre las córtés de Madrid y Lisboa y hasta que se hubiera proyectado enlace alguno entre las casas de Villanueva y de Veraguas, dió por finalizado el lance en que procedió con tal cordura. Su satisfaccion no pasó de cuarenta y ocho horas; y llegó á tantas por la casualidad de hallarse la córté en el Prado. A las nueve de la mañana del miércoles de carnestolendas, desembocaron por la calle del Barquillo tres compañías de infanteria, y dirigiéndose á la casa del señor de Belmonte, un fuerte destacamento se entró á bayoneta calada por ella y redujo á prision á cuantos se encontraron en las cocinas y antesalas. Inútiles fueron las protestas del embajador, que estaba muy tranquilo á la chimenea; ni aun las habitaciones de la embajadora y de sus damas respetaron los de la tropa; todo lo sujetaron á registro, y se llevaron catorce criados atados codo con codo á la cárcel de Corte.

No halló mejor arbitrio el embajador, que el de ir sin demora al convento de carmelitas descalzos, para que frai Manuel de San José le ilustrara con su consejo, y en virtud del que le dió el religioso, bajó las armas de

Portugal de la puerta de su morada y se trasladó á Carabanchel, con ánimo de hacer las reclamaciones oportunas y de aguardar allí las órdenes de su soberano. Este, apenas supo lo acaecido, mandó que se repitiera en Lisboa contra el embajador español, marqués de Capecelano, el mismo injustificable atropello practicado en Madrid contra el suyo, resultando que ambos embajadores se retiraran de sus puestos y que los monarcas español y portugués se aprestaran á las hostilidades. Así por una bagatela se vino á olvidar la reconciliación verificada seis años ántes á orillas del Caya, que divide con mermada corriente dos países habitados por un mismo pueblo; así se empezaron á malograr los buenos frutos de los dobles enlaces del príncipe de Asturias don Fernando, con doña Bárbara de Braganza, y del príncipe del Brasil don José, con la infanta española doña María Ana Victoria.

Entonces llamaba la atención principal de Isabel de Farnesio, alma del gobierno de España, la guerra de Italia, en cuyo país queria tronos para sus hijos, y esto fue causa de que no rompiera al punto la lucha contra los portugueses. Sin embargo pensó en quitarles la isla de Peniche y para ello se empezó á armar en Cadiz una pequeña flota. Frai Manuel de San José tuvo manera de penetrar el secreto, lo participó al rey Juan V, y los portugueses pusieron gran resguardo en la isla y llamaron una escuadra inglesa á su socorro, con lo que la expedición quedó plenamente frustrada.

Por dicha no se habia derramado una gota de sangre, mas pasaron meses y meses, y sin asomos de restablecerse la buena armonía entre los dos países que pueblan hermanos. Así las cosas, el juéves 8 de diciembre de 1735, circularon por Madrid algunos ejemplares de una hoja volante manuscrita. Cayó en gracia, y se multiplicaron las copias. Empezaba de esta manera:

Yo soy en la córté
Un crítico Duende,
Que todos me miran
Y nadie me atiende.
Cuando meto ruido
En el gabinete
Asusto á Patiño
Y enfado á los reyes.

Seguia el autor blasonando de saber los secretos de córté, lamentándose del mal gobierno y de que fuera muy difícil la cura, y proponiéndose intentarla con papeles análogos al que echó á volar aquel dia, sobre lo cual dijo en los últimos versos:

Tendrá mi visita
Segura los juéves,
Aunque se opusieran
Los siete durmientes,
Y lo he de sanar
O hacer que lo entierren,
Que para tal vida
Mejor es la muerte.
No hay que conjurarme
Para conocerme,
Porque yo soy solo
El crítico Duende.

Y en efecto cumplió su palabra; todos los juéves apareció la hoja volante, bautizada naturalmente por la generalidad con el nombre del *Duende crítico de Madrid* desde la aparición del prospecto. Fué ni mas ni ménos que un periódico político de oposicion tremenda, censurando la apatía de Felipe V, calificando á Don José Patiño de tirano, zahiriendo implacablemente al Presidente del Consejo cardenal don Gaspar de Molina, al marqués Scotti, á los oficiales de la Covachuela, entre quienes se contaban á la sazón don Gerónimo Ustariz, autor de la excelente obra titulada *Práctica del Comercio y de la Marina*, y don Sebastian de la Cuadra, que despues fué ministro de Estado. De las principales festividades sacó el Duende muy buen partido para ridiculizar á los que tenian mas mano en el gobierno; así formó un nacimiento de Nochebuena, tomando las figuras de los personajes de la córté; en el Carnaval puso mazas; en cuaresma forjó un catecismo, hizo sermones y supuso confesiones generales del Presidente del Consejo y de los covachuelistas con Patiño; en Semana Santa ideó una procesion de Juéves Santo. Las mas veces escribió en verso y con donaire. Es digno de observacion que estando entonces la poesia por los suelos, pues las mejores imágenes se desfiguraban con locuciones afectadas, solo en las composiciones satíricas hubiera propiedad y naturalidad, sin las cuales desaparece la belleza. Y no se alude solo á las hojas volantes del Duende. Doce años atrás, cuando Felipe V renunció la corona en su primogénito Luis I, habian salido tambien á luz sátiras recomendables por lo mismo. Sirva de muestra este soneto.

« Ahí os quedan las llaves, » Dice el rey:
Y al nuevo rey el pobre reino dan
Desnudo de mercedes como Adán
Cuando las dió Grimaldo su vírey.

Mudóse la baraja, no la ley,
Todos los cuerdos en aquesto están,
Porque uno y otro pobre sacristan
No son pastores de la excelsa grey.

Uno en la córté y otro en Balsain
Es querer aumentar la confusión,
Y viendo que Grimaldo es Orendain

En discurrir se pierde la razon;
Pero, en fin, yo discurro que este fin
Mas parece emboscada que cesion.

Con saber que muchos creyeron que Felipe V renunció la corona española por estar mas en disposición de ceñirse la de Francia, si moria Luis XV pronto, segun se recelaba de su complexion enfermiza; que el bilbaino don José Grimaldo, hombre de la mayor confianza de Felipe V, era ministro de Estado al tiempo de la renuncia, y que su sucesor en el ministerio don Juan Bautista Orendain, marqués de la Paz luego, habia sido paje suyo, se comprende toda la intencion del soneto. Tambien para penetrar la del Duende, es requisito indispensable poderse trasladar mentalmente á la época en que logró meter tanto ruido, lo cual exige una exacta y menuda noticia de los personajes y sucesos. Teniéndola William Cove y don Andrés Muriel, no se concibe como en la *España bajo los Borbones* calificaron el *Duende crítico de Madrid* de folleto insulso. Lo es sin duda para leído á secas, mas no con referencia á la historia.

En su tiempo sirvió de pasto á los curiosos, de alegría á los descontentos, de ocupacion á los ociosos, de platillo de conversacion á los noticieros de oficio, de mortificacion á los reyes y á los gobernantes. Y no solo por los tiros que le asestaba el papel, que pesaba sobre ellos como una fatalidad todos los juéves, sino porque unas veces se lo hallaba el rey entre la servilleta, otras el cardenal don Gaspar de Molina sobre su bufete, otras don José Patiño en el bolsillo de la casaca. Esto les irritaba naturalmente, y de aquí provino que no se omitieran diligencias para dar con el *Duende*. Muchas prisiones se hicieron de resultas, y varias de ellas con indicios que movian á suponer que ya estaba logrado el objeto; mas venia el juéves, y el terrible papel tornaba á aparecer colocado por mano invisible donde ménos se imaginaba, y cada vez tenia el verdadero *Duende* mas auxiliares para divulgar sus escritos, y cada vez se mofaba mas á mansalva de las pesquisas infecundas. Con todo, algo apurado hubo de andar á fines de marzo, cuando explicó en las décimas siguientes sus sustos:

Duende, tu gran sutileza
Ande en tu guarda veloz,
Que temo que por la voz
Te han de encontrar la cabeza.
Ocúltate con destreza;
Mira que toda Castilla
Por prenderte se agavilla;
Recela del mas amigo,
Que anda quien come contigo
Si te pilla ó no te pilla.

No te fies en lo oculto
De su estilo, que en su calma
Por las señas que da el alma
Andan por pillarte el bulto.
Que te escapes dificulto
De un chasco que te acongoje;
Tu sutil númen recoje,
El hilo al discurso quiebra,
Que anda quien mas te celebra
Si te coge ó no te coge.

Mi afecto amigo te encarga
Que no escribas por piedad,
Que es pension de la verdad
Ser aceda y ser amarga.
A la corta ó á la larga
Cualquiera mina rebienta,
Espera que se desmienta
Tu presumida noticia,
Mira que anda la malicia
Si te tienta ó no te tienta.

Duende mio, ten cuidado
De guardarte muy prudente,
Y cuando estés mas patente
Vé mejor enmascarado.
De amigo, ni de criado
La noticia se encomiende,
Porque sabe, amigo Duende,
Que al descuido de una vuelta
Anda quien mejor te suelta
Si te prende ó no te prende.

Así y todo aun travesó mas semanas, divulgando papeles picantes como los titulados: « Coloquio de Pe- » rico (que es el Duende de Patiño) y María (que es

» la curiosidad discreta) sobre el viaje que hicieron » SS. MM. el día 4 de abril de 1736 á Aranjuez con » gran lluvia por libertarse de los papeles del Duende.» — « Procecion del Duende en que da el cuerpo del rey » á los enfermos de esta monarquía. » — « Aposento » de Duendes, cuarto principal de Trascos, Chirrión » de Incubos, Covachuela de Súcubos, desvan de ne- » gros espíritus y aparato de buscones del Duende ver- » dadero. » — « Juicio final que hace el Duende de los » tres enemigos del alma del reino de España, que son » Patiño, el Presidente y el Tesorero. » El último número de esta hoja volante salió el 17 de mayo de 1736 pintando la situación de España á su modo. Mas de cinco meses llevaba el *Duende crítico de Madrid* de murmurar á su capricho y con aplauso, y de burlarse de las pesquisas, y de desesperar á sus víctimas y con especialidad á Patiño, como que Felipe V é Isabel de Farnesio habian fiado á su vigilancia el descubrimiento del Duende, y le acosaban de continuo para que lo consiguiera á todo trance. Por fin el Duende fué descubierto, y ya se dirá de qué manera, mas anunciando desde ahora que se obtuvo lo que tanto se deseaba, no por el buen éxito de las indagaciones, sino de resultas de altercados de frailes.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Revista de Paris.

Entre las grandes cosas que se preparan en esta capital para recibir dignamente á los forasteros con cuya presencia se cuenta ya en la época de la Exposición universal, figura un establecimiento culinario planteado en tan colosales proporciones, que sin disputa será el primer templo gastronómico del mundo. Esta fonda monstruo se llama el *Diner de l'Exposition*, y pertenece á una compañía anónima de un capital social considerable dividido en acciones á cinco pesos cada una. La *Sociedad de gastronomía* inaugura su comedor monumental el lunes próximo. Un socio que ha visitado hace dos dias este famoso palacio de Gargantúa, ha hecho de él la siguiente descripción que copiamos textualmente:

No he visto nunca, dice, una concepcion mas grandiosa; el establecimiento tendrá dos entradas... (sin contar las otras), una por la calle Laffitte y otra por la calle Lepelletier, en frente del teatro de la Opera. En el vestibulo habrá un batallón de lacayos para desembarazar de sombreros y bastones á los que se presenten: dos caminos se ofrecen á la vista, la puerta de vidrieras que da al salon principal, y la escalera que conduce á los cuartos particulares.

Entremos primeramente en el salon, que es un magnífico espacio que ocupa toda la anchura del pasaje, y tan largo como la parte del boulevard que va de la calle Lepelletier á la calle Laffitte, ó sea desde el café Riche hasta Tortoni; la luz viene de arriba como en las grandes salas de los buenos museos.

Por la noche una porcion de arañas guarnecidas de bujías darán al salon un aspecto encantador y espléndido.

Habrán dos mesas, de un extremo á otro, dejando en medio un paso ancho y cómodo para los convidados; los mozos de servicio circularán en los pasajes laterales comprendidos entre las mesas y las paredes; un inmenso aparador circular, á la altura de un hombre, mantendrá siempre á cierta distancia los platos que no deben circular ya sobre las cabezas de los convidados, á riesgo de inundarlos con un rocío de grasa intempestivo.

Bajo el aparador reina una galería, y á beneficio de un ferro-carril en miniatura, los platos que salgan de la cocina circularán y llegarán á sus diversas estaciones. Unos tubos de vapor pasan por debajo de unos vasares donde los platos se mantendrán siempre calientes; en una palabra, el servicio de las comidas está dispuesto como se dispone un gran baile en la Opera, con detalles de *mise en scène* y modificaciones ingeniosas, que al paso que le simplifican le hacen mas elegante y cómodo.

Una escalera lateral nos conduce á un precioso salon estilo Luis XVI, blanco y oro, con pinturas mitológicas en las puertas; aquí se tomará el café. En el piso superior hay un salon con blandos divanes, para los fumadores. En estas disposiciones ingeniosas se reconoce la mano de un arquitecto entendido en la ciencia de lo que los ingleses llaman comfortable. Los gabinetes particulares que ocupan todos los pisos de las fachadas que dan á las calles Laffitte y Lepelletier están arreglados con un gusto exquisito y con una inteligencia cabal de las necesidades de la vida parisiense; en ellos se puede comer aisladamente, así como pueden darse convites de muchos cubiertos; todo está previsto; para los grandes banquetes de corporaciones habrá brándis redactados ya, en prosa y en verso, al gusto de los consumidores.

Bajemos ahora á la cocina que está debajo del piso inferior, sobre una porcion de bodegas. Esta cocina es todo un mundo donde la industria y el arte culinario han desplegado á porfía sus invenciones y perfeccionamientos. El inmenso asador fijo en el muro, tiene las proporciones de un molino de viento, y en cuanto á su fuerza de rotacion nos bastará decir, que bajo la campana de esa gigantesca chimenea de Gargantua pueden asarse á la vez y separadamente mas de cien aves ó piezas de caza. El horno es una obra maestra de economía; tiene cinco metros de largo, y está dividido en unos cien compartimientos ó cajones que se abren ó se cierran como los de un órgano. Hay registros de seguridad para soltar el vapor, chimeneas que atraen el humo y le devoran, y conductos de

calor que dirigen como quieren sobre los manjares ó las porciones de manjares que deben cocerse á punto determinado.

Hay el receptáculo de agua fria, la caldera de agua caliente y la garapiñera para los helados. No sería de extrañar que el horno-fenómeno que cuece á punto y simultáneamente unos cien platos, tuviese en algun rincón de su mecanismo, tan complicado como el de un autómeta, un reloj y una caja de música, para utilidad y distraccion de los cocineros.

El enumerar ahora los perfeccionamientos introducidos en la repostería, panadería y demás dependencias de la cocina, sería prolongar mi descripción como las bodas de Camacho; lo que he notado con particular satisfaccion, es que la cocina no corresponde con el comedor, con lo cual se evitará ese olor nauseabundo que ordinariamente se experimenta en todas las comidas.

Ya hemos dicho al principio que esta restauracion del arte culinario, este golpe de Estado gastronómico, no es obra de fondistas y gentes del oficio, sino de aficionados á la cuestion, que han visitado los primeros establecimientos de Paris y de otras capitales, para evitar sus inconvenientes y crear una fonda modelo. Así se ha fundado la sociedad de gastronomía; sus administradores, personas de un gusto delicado, han querido que se aprovechen sus accionistas, que son tambien sus convidados (puesto que las acciones son *comibles* al portador), de las ventajas incontestables que ofrece el sistema de la asociacion bien entendido y en grande escala.

Ahora vamos á ver como se pone en ejecución este sorprendente programa gastronómico.

En la semana que acaba de transcurrir, la justicia ha descubierto dos casas de juego frecuentadas por personas de alta categoría. Los periódicos judiciales de Paris dan cuenta del hecho en estos términos:

La guerra incesante que hace la policia á las casas de juego clandestinas, donde tantos jóvenes disipan su dinero y pierden su porvenir, no es un inconveniente para que esos peligrosos establecimientos se multipliquen. Apenas se ha logrado destruir uno cuando se descubre otro, y por lo regular á poca distancia del primero.

Hacia muchos meses se habia llegado á saber que existia en el barrio de la Opera un establecimiento de ese género, aunque se carecia de noticias precisas sobre el punto en que estaba situado; sin embargo, las investigaciones que se hicieron acabaron por revelar que las susodichas reuniones se verificaban en casa de una señora llamada J... que vivia en la calle de Provence.

Hace pocas noches, un comisario de policia y un agente encargados de la vigilancia de las casas de juego, se presentaron en la casa designada, y habiendo penetrado en la sala de la señora J... hallaron una porcion de personas sentadas á una mesa que parecian divertirse pacíficamente al juego de la lotería. No era de suponer que el atractivo de esa inocente diversion, hubiera podido tener en tertulia permanente á una porcion de señoras y caballeros cuyo exterior manifestaba una existencia agitada y ávida de emociones. Sin embargo, por mas que se registraba toda la sala, nada se podia encontrar que infundiera la menor sospecha, cuando el agente de policia pensó que aquella mesa en cuyo derredor estaban sentados los jugadores podia recelar algun secreto.

A fuerza de buscar, se encontró en efecto una clavija que dió una vuelta, y al punto se cambió la decoracion como en una comedia de magia. Un compartimiento se hundió en la tierra, otro le reemplazó, y los magistrados se encontraron con una mesa, cubierta de todo el material de los juegos prohibidos y cargada de oro y de billetes. Cuando el comisario subia la escalera, un individuo que en ella se hallaba y á quien tomaron por un criado, pronunció en alta voz la palabra: *¡Quine!* lo que sin duda era una señal convenida para dar una vuelta á la clavija y obtener la metamorfosis de la mesa.

Como de costumbre, los presentes dieron sus nombres, y la dueña de la casa fué á dormir á la cárcel, despues de quedar embargados sus ricos muebles.

A la noche siguiente, los mismos exploradores se trasportaron á una casa de la calle Caumartin donde se tenia noticia que acudian diariamente varios sugetos reconocidos como jugadores de profesion. Tambien esta reunion tenia lugar en el domicilio de una señora, llamada D..., que segun confesó despues habia abierto aquel establecimiento á consecuencia de las instancias reiteradas que la habian hecho sus amigos.

El aposento que daba asilo á los jugadores se hallaba situado en un cuerpo de edificio colocado en el fondo del jardin, y como estaban para ejecutarse varias obras de albañilería por aquel lado, habian abierto una zanja muy honda en el jardin que, sin duda para hacer inaccesible á los profanos el santuario de los juegos prohibidos, se habian contentado con tapar por medio de un bastidor de lienzo. Resultó, pues, que al llegar á ese sitio, los agentes de policia cayeron en la zanja, pero afortunadamente no se hicieron daño, y pudieron repetir la operacion que habian llevado á cabo en la otra casa de juego. La dueña de la casa, al verse sorprendida, se accidentó, y no pudo ser llevada á la cárcel aquella noche. En cuanto á los demás, dieron sus nombres, y es probable que se ocupen ya en buscar otra guarida.

Puesto que nos hallamos en el capítulo de juegos, vamos á referir una aventura que se ha contado esta semana en los salones como fidedigna, y que en efecto puede ser muy cierta.

Trátase de un joven, Augusto X..., muy conocido en el mundo elegante, que viéndose reducido al último extremo, sin recursos y atormentado por sus deudas, se habia decidido (expediente muy comun en estos casos) á restablecer su fortuna por medio de un matrimonio desproporcionado á todas luces.

Cuando esto pensó no se le habia ocurrido la idea de jugar á la Bolsa, aunque por otra parte diremos tambien que carecia de todas las cualidades necesarias para adelantar en esa carrera; carecia de resolucion, de sangre fria, de aplomo y de

perspicacia; era uno de esos hombres que no entablan relaciones con la fortuna sino cuando esta se presenta á buscarlos en su casa, y violenta, por decirlo así, sus inclinaciones.

La herencia de un tio le prometia un porvenir dorado, pero muy en lontananza; el tio podia vivir todavia unos treinta años, y el joven Augusto no tenia paciencia para esperar tanto tiempo; mas valia el matrimonio, aunque se presentase bajo la forma de una mujer poco seductora en cuanto á su persona y su carácter.

— ¡Ah! exclamaba el joven, si tuviera nada mas que dos mil pesos de renta para esperar y mis deudas pagadas, ¡qué dichoso seria!

Pero no los tenia y hubo de resignarse á lo pensado, tratando de hacerse ilusion sobre las mujeres de treinta años, y diciéndose que al cabo y al fin M. de Balzac profesaba alguna estimacion por las beldades de esos años, y que por consiguiente ya podia él, que no era nada, adoptar las doctrinas de un observador tan eminente.

La mujer de treinta años á quien se dirigia, que quizá habia llegado á los cuarenta, tenia mucha prisa por casarse con un hombre de veinticinco; pero no porque quisiera realizar esta encantadora locura, habia perdido el buen sentido.

— Nos casaremos, decia á su futuro, bajo el régimen de la separacion de bienes (en Francia son muy comunes estas salvedades en los contratos de matrimonios); le daré á Vd. la cantidad necesaria para pagar sus deudas, y Vd. me firmará una obligacion reembolsable sobre la herencia de su tio.

Augusto de X... pasó por estas condiciones; pero espantado con la avaricia de aquella mujer, y pensando razonablemente que seguiria con ella con los mismos apuros en cuanto á dinero, quiso proporcionarse recursos para los malos dias, reservándose un tesoro secreto donde acudir en tales lances.

Sus deudas se elevaban únicamente á veinte mil pesos, pero dijo que debia cuatro veces esa suma; la futura puso el grito en el cielo, pero hubo de ablandarse, y entregó la cantidad en acciones de caminos de hierro.

— Le vendo á Vd. estas acciones, le dijo, al precio á que están hoy; y en cambio me dará Vd. un recibo de ochenta mil pesos. Pague Vd. sus deudas, y apróvese Vd. de mi ausencia para arreglarlo todo, á fin de que nada mas haya que hacer á mi vuelta.

La señora en cuestion se marchaba durante dos meses para arreglar tambien por su parte algunos asuntos de familia, en un departamento del Mediodia.

Augusto de X... la vió marchar sin experimentar el menor sentimiento; eran dos meses de descanso, sus últimas vacaciones, y se aprovechó de ellas para entregarse en toda libertad de espíritu á ciertas reflexiones que le mostraban el matrimonio bajo un triste aspecto. Por ese motivo no quiso apresurarse á contraer irrevocablemente una obligacion que solo podia pagar con el sacrificio conyugal, y se quedó con las acciones diciéndose:

— Tiempo tengo aun, esperemos al último instante, que pronto llegará desgraciadamente.

Pero entre tanto, para evitar persecuciones epistolares, escribió á su respetable futura que las acciones estaban vendidas, los ochenta mil pesos realizados, y que se ocupaba en pagar á sus acreedores. Mentira venial que no le inspiró el menor remordimiento.

Rápidamente transcurrieron los dos meses; cuando se acercó el término fatal, el joven á pesar de su repugnancia hubo de resignarse al penoso matrimonio que le estaba impuesto.

Era preciso recuperar el tiempo perdido; la futura esposa iba á llegar impaciente al cabo de dos dias. Augusto de X... se marchó cabizbajo á la Bolsa donde entraba por la primera vez, y presentó á un agente de cambio que conocia los títulos de las acciones que deseaba vender.

— Al precio de hoy, las acciones que Vd. me trae valen sesenta pesos mas.

Esta noticia inesperada llenó de sorpresa y de gozo al descuidado joven, que jamás habia pensado en las variaciones de los valores industriales.

Las mil acciones ganaban pues sesenta mil pesos, y el beneficio era muy suyo, puesto que habia dado á su futura esposa un recibo de ochenta mil pesos, y que si en lugar de alzar hubiesen bajado aquellos títulos, se habria visto obligado á soportar las malas consecuencias.

Augusto de X... se apresuró á vender, y cuando la prometida llegó á Paris, la dijo sin otros rodeos, que un severo examen de conciencia que habia hecho le habia demostrado que no poseia las virtudes necesarias para un buen marido, y que así renunciaba al enlace proyectado.

La engañada se exasperó y acusó al joven de haber empleado una astucia indigna para obtener de ella un préstamo considerable, á lo que Augusto de X... respondió sencillamente que los ochenta mil pesos estaban depositados en casa de un notario, y que si no los sacaba pronto y le daba un recibo, se valdria de la justicia para obligarla á ello.

No tuvo mas remedio que tomar el dinero y dejar el marido, y de este modo el especulador involuntario ha llegado al colmo de sus deseos; posee sesenta mil pesos á cuyo beneficio puede conservar su libertad, sin deudas, y puede esperar la herencia de su tio con sus dos mil pesos de renta.

MARIANO URRABIETA.

La novena de Santa Genoveva patrona de Paris.

Con la pompa y devocion de costumbre se ha celebrado este año en Paris la novena de Santa Genoveva en los primeros dias del mes de enero. Esta novena se celebra todavia en el mismo monumento donde fué

nstituida. Allí mismo, el rey Clodoveo vencedor de los visigodos lanzó en la dirección del Oriente su hacha de armas delante de él, á fin de que la posteridad pudiese juzgar del vigor de su brazo por la longitud de la basilica que elevó en aquel sitio, bajo la invocación de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

En aquel mismo punto, algunos años antes el obispo de Auxerre, San German, pasaba por Lutecia en dirección á Inglaterra en persecución de Pelagio y de su doctrina, y entre las olas de aquella muchedumbre que había acudido allí de todas las aldeas de la Galia, el fogoso obispo no distingue mas que á una jóven.

— Genoveva, la dice, ¿quienes consagrarte á Dios?

— No deseo mas que eso.

Y la tímida virgen se vuelve la patrona de los parisienses; hace retroceder á Atila, protege á la ciudad contra los francos de aquel mismo Clodoveo, y cuando muere el rey bárbaro, reúnen la reliquia de Genoveva á sus funerales dentro de aquella misma basilica. La leyenda no nos dice mas, y he aquí sin embargo unos catorce siglos que los pueblos conservan como un tesoro de bendiciones el recuerdo de la virgen galoromana. ¡Oh santo poder de la devoción!

Los imperios se hunden, el mapa del mundo se desgarró, las naciones y sus razas, y las razas de sus reyes pasan y perecen, y la creencia, el culto de la pobre jóven permanece en pie, tan firme como el primer día. Los pueblos corrieron á arrodillarse delante de la urna de Santa Genoveva, en la víspera de la cruzada, en la víspera de Bovines y de Taillebourg; ahí se arrodillaron los monarcas, los emperadores, las reinas coronadas con sus deslumbrantes pedrerías. En ese sitio oraron los merovingeos, y se doblegó el orgullo del gran Karl. ¿Dónde podremos hallar en París una pie-



Novena de Santa Genoveva.— Los fieles en la iglesia de San Esteban del Monte.



Novena de Santa Genoveva. — Feria religiosa delante del pórtico de la iglesia de San Esteban del Monte.

dra mas gloriosa, y ante la cual pueda evocar la imaginación, mas grandes y magníficos espectáculos?

Seguramente que en el día tenemos que rebajar muchas pompas y magnificencias del pasado, como, verbigracia, la mayor parte de aquellos adornos de gran precio que tenía la urna de la santa. Un cronista dice: « que esa urna se hallaba tan sobrecargada de oro y de ofrendas preciosas, que era preciso veinte hombres para menearla. » Los monarcas y los guerreros que la seguían, todo ha desaparecido; las estrellas se han desprendido de la frente de la santa, pero la aureola de gloria se conserva... Pero ya está el templo invadido y los mercaderes establecen sus tiendas por fuera. Aun en los días mas memorables y agitados por las revueltas políticas, en los tiempos modernos,

hemos visto á los fieles apiñados como en los momentos mas tranquilos, marchando entre dos hileras de escapularios, de rosarios, de ofrendas, de reliquias benditas y de anillos encantados. Es una feria piadosa, un bazar místico donde la devoción encuentra mil objetos preciosos. No es decir que en esa confusión de mercancías no se vean tambien algunos artículos de una religiosidad equívoca, pero todo es preciso para las romerías, y sino dígalo la de San Isidro en Madrid donde todo son fondas y puestecillos de licores y de vino; pero debemos observar sin embargo, que la masa de los fieles, no cede por lo comun sino á la tentación de las compras mas seráficas y que los vendedores de imágenes deben hacer su agosto en esa feria.

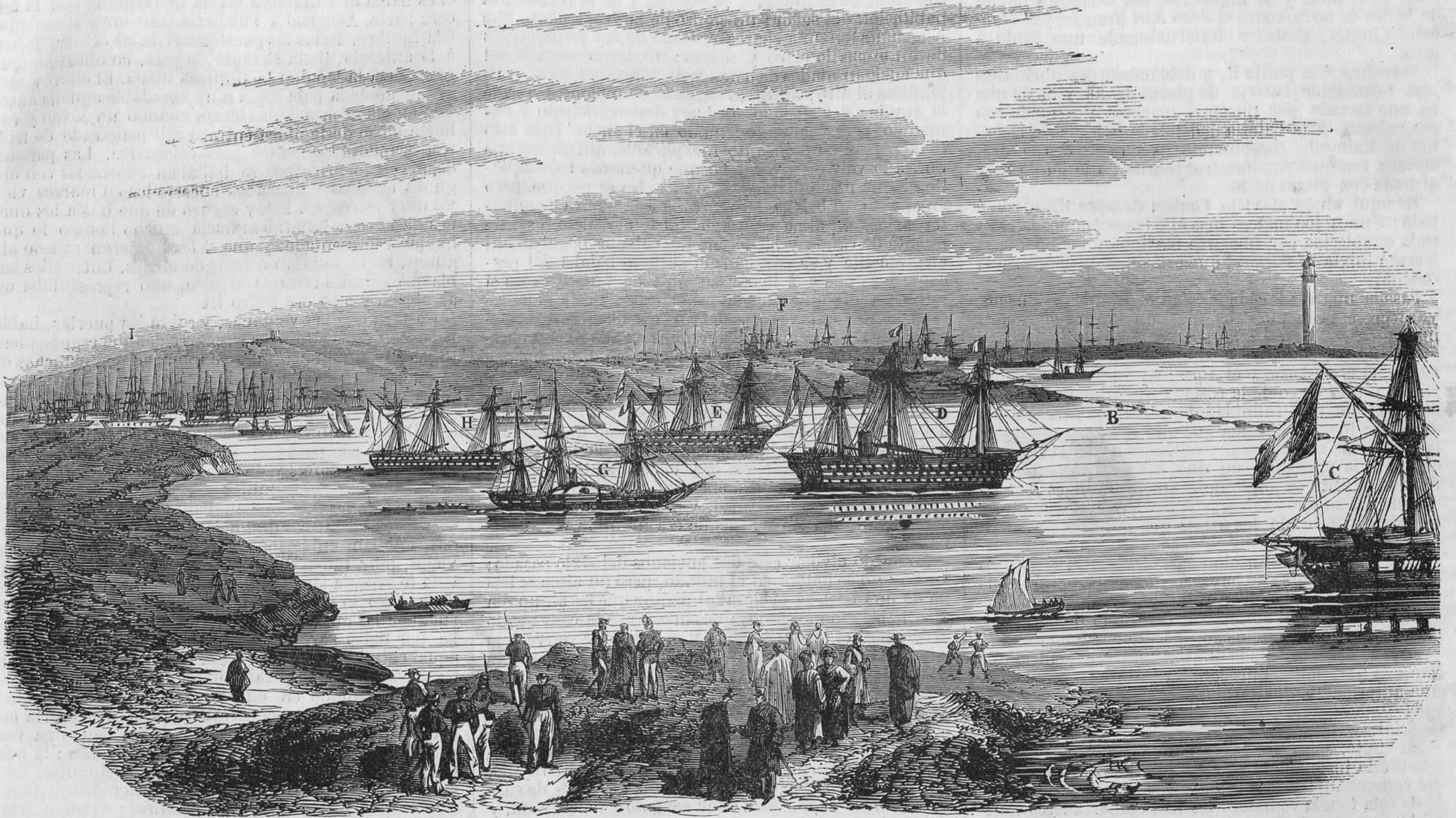
Entre las buenas tradiciones que distinguen á estos aniversarios religiosos, los economistas han señalado el buen impulso que dan al comercio.

Los ricos y los poderosos que acudian en otros tiempos á estas fiestas, se habrían avergonzado de volver de ellas con algun dinero en el bolsillo.

La reina Catalina de Médicis gastaba todos los años en la novena de Santa Genoveva sus ahorros del mes de enero, y como un cortesano elogiara una vez delante de ella la piedad que el duque de Alençon había mostrado ante la urna de la santa, Catalina de Médicis respondió: « La mejor devoción es dejar allí cuanto dinero se lleva encima, y hasta la última joya, como se hacia en otro tiempo »

En los tiempos á que se referia Catalina de Médicis, todo buen cristiano al salir de la ceremonia iba á ver representar algun misterio donde Santa Genoveva, despues de haber llenado sobre la tierra su papel de pastora, era arrebatada bajo la figura y con los atavíos que Giotto presta á sus ángeles de manos delgadas y de piés de marfil, y en los cielos se veia recibida por Dios padre y por Dios hijo.

Todo esto se acabó ya; solo ha quedado intacta la fé de los parisienses en la devoción de su patrona Santa Genoveva.



El puerto y la entrada delante del puerto de Kamiesh, vista tomada de la punta Norte.

A. batería de la punta Sur; B. estacada; C. *Pomone*; D. *Montebello*; E. *Marengo*; F. navio de línea inglés; G. *Montezuma*; H. *Alger*; I. buques mercantes.

Kamiesh y Kazatch.

El *Monitor de la flota* ha publicado el siguiente artículo que explica los dos grabados adjuntos que ha recibido del teatro de la guerra el señor ministro de Marina:

Kazatch es el cuartel naval inglés, y cuando se dobla la punta N. E. para entrar en bahía, se descubre desde luego un buque inglés en el fondeadero de la costa E., y al abrigo de una batería construida por

nuestros marinos; ese buque es la *Miranda*, bonita corbeta de hélice de 300 caballos y 14 cañones.

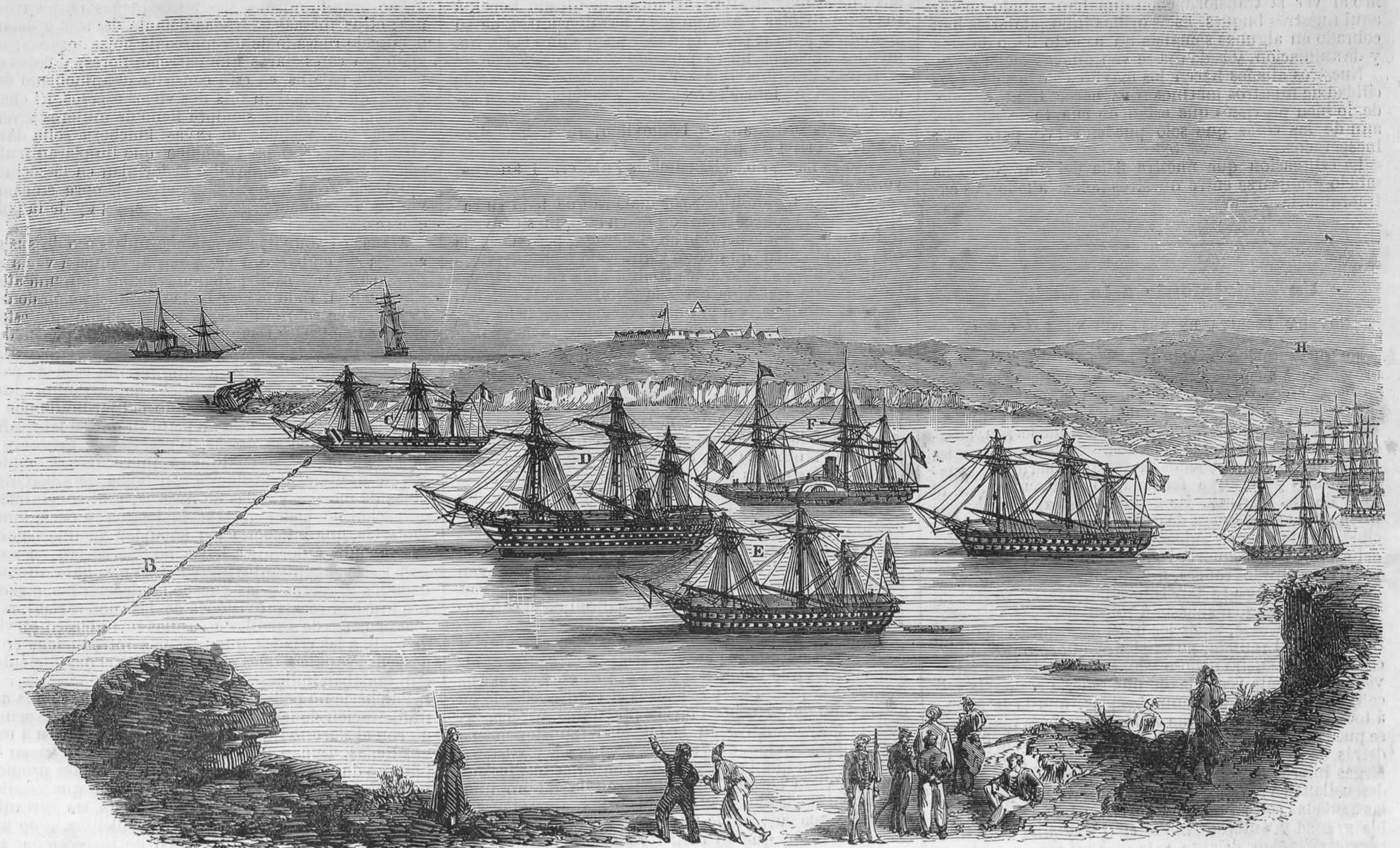
Poco mas allá está la *Tribuna*, fragata de hélice de 31 cañones y 300 caballos; detrás la *Venganza*, navio de 80 cañones y el *Rodney* de 90 están anclados sobre una línea casi paralela; y mas atrás se encuentra el *Furious* fragata de vapor de 400 caballos y 16 cañones.

Mas lejos, á lo largo de la costa se ven unos doce buques mercantes anclados en frente de un hospital turco en el fondo de la bahía y al abrigo de un pequeño pro-

montorio que divide en dos partes la extremidad de la bahía; la una encierra los buques mercantes ingleses que acabamos de indicar, y la otra una porcion de buques mercantes franceses, que están anclados en frente del hospital cedido par nuestra escuadra á la marina y que se ha vuelto un pósito de harinas.

Ahora subiendo la bahía que acabamos de atravesar, y volviendo la punta E. estamos de lleno entre los franceses.

Pero ántes arrojemos una ojeada sobre la rada gran-



El puerto y la entrada delante del puerto de Kamiesh, vista tomada de la punta Sur.

A. batería de la punta Norte; B. estacada; C. *Pomone*; D. *Montebello*; E. *Marengo*; F. *Montezuma*; G. *Alger*; H. buques mercantes; I. buque á la costa.

de, y veremos como simbolo de la union de las dos marinas de Francia y de Inglaterra, dos hermosos navíos de hélice de 90 cañones, el *Jean Bart* (francés) y el *Hannibal* (inglés) anclados fraternalmente uno junto á otro.

Volvamos á la punta E, y doblándola descubriremos una formidable bateria de piezas de 36 y de 30 que ha sido elevada por nuestros marinos y armada con sus cañones. Esta bateria defiende la entrada de la bahía de Kamiesh, combinando sus fuerzas con la otra, elevada tambien por nuestros marinos á la punta S, y armada con piezas de 36.

He aquí ahora el viejo *Vaubau* siempre dispuesto á todo; á unos 400 metros mas allá encontramos la estacada establecida por nuestros marinos y confiada á la fragata mixta la *Pomone*, que está anclada dentro de la cadena.

Pasada una vez la cadena estamos delante del puerto, y se presenta á nuestros ojos un espectáculo animado.

Delante y á poca distancia uno de otro están el *Montebello*, el *Montezuma* y el *Alger*; en línea con el *Montezuma*, y á lo largo de la costa O hasta el fondo de la bahía se ven una infinidad de palos, de pabellones y de velas; luego á medida que uno se acerca, descubre las quillas de mil buques, y entónces hay que admirar el orden, la simetria, con que esa flota inmensa que lleva al ejército su alimento y sus provisiones de toda especie, ha sabido acercarse á esa bahía, donde jamás se habrian figurado los rusos que nosotros podiamos instalarnos.

Una vida, una animacion extraordinaria, reinan en esa ciudad flotante; no hay mas que embarcaciones de todo género que se cruzan y luchan en velocidad, buques que cargan y descargan, otros que llegan, otros que se marchan, y todo con una rapidéz increíble.

Todo se halla ordenado allí con una inteligencia que llama la atencion del observador; sobre la playa hay una autoridad vigilante que además del cuidado de la rada y del puerto, no se olvida de ningun detalle esencial.

En efecto, sobre la playa E, se ven algunas tiendas donde esta instalado el servicio de vigilancia; la tienda del comandante de la playa domina á las demás; delante de esta tienda se hallan los tres embarcaderos construidos por nuestros marinos.

Un poco mas allá se ve un campo comercial, una verdadera caravana del desierto; son las tiendas de los negociantes que trafican con las tripulaciones. Bajando hasta el fondo de la bahía, se ve un desembarcadero formado por una ensenada de piedra, que nuestros marinos han construido últimamente.

Allí llega un acueducto debido tambien á sus trabajos. Este acueducto que tendrá 800 metros, trae el agua dulce de un pozo que se ha logrado encontrar, y cuyo recurso será precioso para la salud de nuestros hombres.

Nada es tan divertido como oír á los capitanes de los buques mercantes que han hecho ya mas de un viaje á la Crimea y al Quersoneso, como explican su asombro al ver la transformacion que han sabido operar aquí nuestros buques. Estas orillas inhospitalarias han cobrado en algunas semanas un aspecto lleno de vida y de animacion, y cada dia se ven nuevas mejoras.

Nuestros aliados hacen los mayores elogios de la facilidad de nuestros marinos para hacer frente á todo, de lo bien provistos que están de cuanto necesitan, y aun de las cosas que solo pueden servir para casos inesperados.

La estimacion que nuestra flota del mar Negro ha sabido granjearse entre nuestros nobles aliados, es extraordinaria.

Un matrimonio á la antigua.

NOVELA ESCRITA EN RUSO POR NICOLÁS GOGOL.

Me gusta mucho la vida modesta y solitaria de esos propietarios rústicos que llaman los rusos *gentes á la antigua* (*starosvetskie*); se parecen á esas antiguas casitas que gustan por su sencillez y por el contraste que presentan con las construcciones modernas, aseadas, elegantes, cuyas paredes no presentan aun señales de la lluvia, cuyos tejados no estan cubiertos de musgo verdoso y en cuya fachada no se descubre aun el color de los ladrillos. Me gusta penetrar á veces por un instante en la esfera de esa vida tan sosegada y apacible, donde ningun cuidado atravesó jamás el cercado del corralillo y la huerta rodeada de chozas de madera perdidas entre los sauces, los sauces y perales. La vida de esos habitantes es tan tranquila, que en medio de ellos se siente uno dispuesto á pensar que las pasiones, los vanos deseos, todos los hijos del espíritu maligno que turban el mundo, no existen, y que solo nos aparecieron en un sueño penoso y agitado. Desde aquí estoy viendo la casita rodeada de una galeria sostenida por columnillas de madera ennegrecidas, que da la vuelta á todo el edificio, para que en las horas de la tempestad se puedan cerrar las ventanas sin esponerse á la lluvia; detrás de la casa veo las moreras en flor y luego unas largas hileras de arbolillos frutales, entre cuyas hojas descuellan el vivo encarnado de las cerezas y las ciruelas azuladas con su flor blanquecina; luego veo un roble grande y antiguo bajo el cual hay una alfombra para el descanso; delante de la casa un gran corral con

una yerba corta y muy verde, y dos senderillos que conducen de la granja á la cocina, y de la cocina á la habitacion del señor; un ganso de largo pescuezo que bebe agua en una charca rodeado de sus pequeñuelos de un amarillo claro y sedoso; un largo cercado del que cuelgan atados de peras y de manzanas secas y alfombras al aire; un carro cargado de melones cerca de la granja, y á su lado un buey desenganchado y rumiando, perezosamente tendido en el suelo. Todo esto tiene para mí un encanto inexplicable, quizas porque nunca lo volveré á ver y porque queremos todo aquello de que nos hallamos separados. No se porque, pero en cuanto mi briska se acercaba á la puerta de aquella casita, mi alma experimentaba un delicioso sentimiento de calma y bienestar. Los caballos llegaban allí alegremente y se paraban; el cochero bajaba del pescante y se ponía á llenar su pipa de tabaco como si estuviera á la puerta de su propia casa. Hasta el ladrido flemático de los perros del corral tenia algo de amistoso; pero lo que mas me agradaba en aquellas modestas habitaciones eran sus propietarios, unas buenas gentes, que se apresuraban á recibir á sus huéspedes con una cordialidad extraordinaria. A veces sus plácidas fisonomías se presentan á mi espíritu aun en medio del ruido del mundo, y entónces caigo en una meditacion que me recuerda lo pasado. Tanta bondad, tanta franqueza y benevolencia hay en sus rostros, que se renuncia con alegría al ménos por algunos instantes á todo pensamiento temerario, y que insensiblemente se abandona uno á las delicias de esa humilde vida campesina.

No puedo olvidar esos dos ancianos del siglo pasado; ya hoy no se hallan en el mundo, pero mi alma se llena de una tristeza piadosa, al pensar que iré algun dia á su habitacion desierta, que encontraré la casa medio arruinada, el jardin perdido y el estanque convertido en un pantano. Si, solo de pensar en esto, me pongo triste; pero principiemos nuestra historia.

Atanasio Ivanovitch Tovstogoub y Pulcheria Ivanovna Tovstogoubikha, como la llamaban los aldeanos de la comarca, eran aquellos dos ancianos de que acabo de hablar. Atanasio tenia sesenta años y Pulcheria cincuenta y cinco. El viejo era de alta estatura, llevaba puesta constantemente una esclavina de pieles de carnero (*tubup*), le gustaba estar sentado y encorvado, y siempre se sonreía, lo mismo cuando él hablaba que cuando escuchaba á otro. Pulcheria por el contrario, era muy seria y rara vez se reía; pero habia tanta bondad en sus ojos y en todo su rostro, se veía tan claramente el placer de la causaba el daros lo mejor que tenia, que se comprendía que una sonrisa mas habria hecho demasiado melifluas sus facciones. Las arrugas de sus rostros estaban dispuestas de tal manera, que un pintor habria ganado mucho con copiarlas. Parecia que en ellas se podia leer toda una vida sosegada y apacible, una vida como la llevan las antiguas buenas familias de la pequeña Rusia, que forman un gran contraste con esos viles rusos de las mismas comarcas que de buhoneros y traficantes de pez que eran ántes, se vuelven luego empleados del Estado y se arrebatan los empleos de la magistratura, arrancan el último kopek á sus compatriotas y añaden á la terminacion o de su apellido la letra *w* para formarse un nombre ruso. No, mis dos ancianos no se parecían á esas despreciables criaturas. Era imposible ver sin enternecerse el cariño que se tenían; jamás se *tuteaban*, y se hablaban en estos términos:

— ¿Sois vos Atanasio Ivanovitch, quién ha estropeado esta silla de paja?

— No es nada, no os incomodeis Pulcheria Ivanovna, yo he sido.

No habian tenido hijos, por manera que todo su cariño se habia concentrado de uno en otro. En su juventud Atanasio habia servido en el ejército, pero hacia de esto tanto tiempo, que ya ni siquiera lo mentaba. Atanasio se habia casado á los treinta años cuando llevaba una corta esclavina bordada (*camzol*), de la palabra francesa camisola, y aun habia robado con mucha destreza á Pulcheria Ivanovna, cuyos padres se oponían á la boda. Pero apenas se acordaba ya de esta aventura, ó por lo ménos no hablaba nunca de ella. A todos estos acontecimientos antiguos y extraordinarios, habia sucedido una vida pacífica y retirada con ilusiones suaves y solitarias, parecidas á las que os sorprenden cuando estais sentado en una azotea que domina un jardin, en tanto que una lluvia fértil de verano cae sobre las hojas de los árboles formando á sus piés arroyuelos cuyo ruido os convida al sueño, y el arco iris estiendo en el cielo sus pálidos colores; ó en tanto que mecido en una carretela que marcha por las zarzas verdes al grito estridente de la codorniz de las estepas, sentís que rozan vuestras manos y vuestro rostro con las espigas de los altos trigos y con los tallos de las elevadas flores campesinas que se introducen en el carruaje escalando las portezuelas.

Atanasio Ivanovitch escuchaba con graciosa sonrisa á las personas que iban á visitarle; interrogaba á los demás ántes que hablar él, y no era de esos viejos que os cansan á fuerza de ponderaros el tiempo pasado en detrimento del presente. Con sus preguntas, parecia tomar el mayor interés en todas las circunstancias de vuestra propia vida, en vuestras desgracias y vuestras alegrías, bien que la curiosidad de aquellos buenos ancianos tuviese alguna semejanza con la de un niño que mientras pregunta examina con la mayor atencion los sellos que cuelgan de vuestro reloj. Entónces sí que se podia decir que su rostro respiraba bondad. Los cuartos de la casita ocupados por ellos eran pequeños

y bajos como en las casas á la antigua; en cada uno de ellos habia una inmensa estufa que llenaba casi la tercera parte. Atanasio y Pulcheria eran muy aficionados á la lumbre. Todas las puertecillas de las estufas daban á la antesala, llena siempre de paja, combustible que reemplaza la leña en la pequeña Rusia. El claro y alegre fuego de la paja hacia muy agradable aquella antesala en las noches de invierno, cuando un jóven y robusto mozo de la aldea entraba allí penetrado de frio, restregándose las manos para calentarse. Las paredes del aposento principal se hallaban adornadas con algunos cuadros y grabados encerrados en marcos viejos muy estrechos. Estoy seguro de que hasta los dueños de la casa ignoraban hacia mucho tiempo lo que habian representado, y que si les hubieran robado algunos, no lo habrian echado de ménos. Entre ellos habia dos grandes retratos al óleo, uno representaba un arzobispo y otro era Pedro III.

En torno de las ventanas, y sobre las puertas, habia pegadas varias estampas ennegrecidas que regularmente nadie examinaba, pues se tomaban por manchas de la pared. El suelo en toda la casa era de tierra de arcilla, pero estaba tan bien construido y tan aseado, que ningun suelo de palacio perezosamente barrido por un caballero con librea, despierto á medias, habria podido sostener la comparacion. El aposento de Pulcheria estaba lleno de cofres y de cajas de todos tamaños; una gran cantidad de saquillos con semillas de flores, de calabazas y pepinos se hallaban colgados en las paredes; todos los huecos que dejaban los cofres amontonados, estaban cubiertos con ovillos de lana y trapos viejos, pues Pulcheria era una mujer muy de su casa; todo lo recogía sin saber á veces para que podria servirle. Pero lo mas notable que habia en la casa era el ruido de las puertas, que desde por la mañana resonaba por todas partes. No podria decir en qué consistia aquel chirrido continuo; ¿era que los goznes estaban tomados? ¿era que el carpintero que los habia dispuesto habia ocultado en ellos algun mecanismo secreto? Lo ignoro, pero lo mas extraño es que cada puerta tenia su canto particular. La de la alcoba tenia una voz aguda; la del comedor una voz baja y ronca; la que cerraba la antesala producía un sonido singular, trémulo y quejumbroso, tanto que escuchando con atencion se oían claramente estas palabras; « ¡tengo frio, tengo frio, me hielo! » Sé que á muchas personas no les gusta el ruido de las puertas, pero á mí me gusta mucho, y cuantas veces he oído en S. Petersburgo una puerta que rechina, mi imaginacion me lleva al campo á un cuartito bajo alumbrado por una vela colocada en un viejo candelero. La cena está ya sobre la mesa, cerca de la ventana abierta por donde penetra en el aposento la hermosa claridad de una noche de mayo; un ruiseñor alegre con sus gorjeos el jardin, la casa y hasta el rio, que serpentea en lontananza; los árboles se estremecen débilmente. ¡O Dios mio! cuántos recuerdos pasan á una por mi mente!...

Las sillas de aquel buen matrimonio eran de madera y macizas como se hacían ántes; todas ellas tenían altos respaldos torneados, sin color ni barniz; los asientos no eran lo mismo. Mesitas pequeñas en los rincones; otras mesas cuadradas delante del sofá y delante del espejo rodeado de un marco de hojas doradas; una alfombra con pájaros que parecían flores, y flores que parecían pájaros, en esto consistía el amueblado de la casita que ocupaban mis dos viejos esposos. El cuarto de las criadas estaba siempre lleno de mujeres jóvenes y viejas con vestidos de rayas. Pulcheria solía darlas algo que coser, ó las mandaba que limpiaran frutas, pero la mayor parte de ellas se dormían en la cocina... Pulcheria creía necesario tenerlas siempre en casa y vigilar severamente sus costumbres, y ¡ay de la pobre que se deslizaba!

Atanasio Ivanovitch se cuidaba muy poco de sus negocios; sin embargo, á veces iba al campo á ver á sus segadores y les estaba viendo trabajar con una atencion curiosa. Todo el peso de la administracion doméstica cargaba sobre Pulcheria Ivanovna, lo que estaba reducido á abrir y cerrar perpétuamente el cuarto donde se hallaban las provisiones, y á cocer, secar y salar toda clase de frutas y de legumbres. Su casa se parecia al laboratorio de un químico: habia siempre lumbre encendida bajo un manzano del jardin, donde sobre unas trébedes se veía un perol en que se fabricaban sin cesar compotas, jaleas, conservas de azúcar y de miel. Bajo otro árbol cualquiera, un cochero se empleaba en destilar aguardiente con hojas de albérrigo, flores de morera y hojas de cerezos, y al concluirse la operacion no podia menear la lengua, ó decia tantas tonterías, que Pulcheria sin entender ya una palabra le mandaba á dormir á la cocina. Se cocían, se secaban y se salaban tantos ingredientes que habrian inundado los graneros y las cuevas (Pulcheria hacia siempre muchas mas provisiones de las necesarias), si la mayor parte de aquellas golosinas no hubiesen servido de pasto á las criadas, que una vez introducidas en la despensa se daban tales atracciones, que el dia que entraban andaban indigestas.

Pulcheria no podia estar en los pormenores de la administracion de las tierras, y el mayordomo de acuerdo con el *starosta* (efe de los siervos) la robaba á manos llenas. Tenían la costumbre de cortar leña en los bosques de su señor como si fuera en bienes propios; mandaban fabricar una porcion de trineos que vendían en la primera feria, y los molineros de las cercanías les compraban las encinas mas corpulentas. Solo una vez Pulcheria manifestó el deseo de inspeccionar sus bosques. En efecto, la pusieron un *droschki* que estaba

envuelto en grandes delantales de cuero, y que en cuanto el cochero agitaba sus labios para hacer andar á dos caballos viejos que habian servido en la milicia, principiaba á llenar al aire con ruidos extraños en los que se creía oír de repente el ruido de una flauta ó de un tamboril; cada clavo, cada eje resonaba de un modo, que desde el molino que estaba á dos werstes de distancia se oía que la señora salía de su palacio. Pulcheria no podía ménos de notar la exterminacion de sus bosques y la falta de las encinas que, en su juventud ya habia conocido seculares.

— ¿Porqué pues, Nitchipor, dijo á su mayordomo que la acompañaba, porqué pues se ven aquí tan pocas encinas?

— ¿Porqué hay tan pocas? repuso el mayordomo, porque han desaparecido sin saber cómo. Han caido rayos sobre ellas, las orugas se las han comido, en fin, han desaparecido, señora, han desaparecido.

Pulcheria Ivanovna se dió por completamente satisfecha con esta contestacion, y de vuelta en su casa lo único que hizo fué recomendar especialmente que se cuidaran muy bien los cerezos de España y los perales de invierno. Sus dignos servidores, el mayordomo y el *starosta* pensaron despues que era de todo punto inútil el encerrar toda la harina en los graneros de sus señores, y que estos podrian contentarse con la mitad, y aun acabaron por elegir esta mitad entre la harina estropeada ó mojada y que no podia venderse en la feria. Pero á pesar de los robos descarados de esos dos tunantes, á pesar de la voracidad de todos los seres que se abrigaban en aquella casa, desde la última criada hasta los puercos que engullian una porcion de ciruelas y de manzanas, sacudiendo ellos mismos los troncos de los árboles para que cayeran las frutas, á pesar del pillaje de los gorriones y de las cornejas, á pesar de los regalos que hacian á sus parientes y conocidos las gentes de la casa cuya desvergüenza llegaba hasta el punto de robar las telas de cáñamo y de lino, cuyo producto se gastaba en la taberna, á pesar de las rapiñas de los cocheros y de los lacayos holgazanes, aquella tierra fértil y bendita daba con tanta abundancia, y Atanasio y Pulcheria tenian tan pocas necesidades, que tantas dilapidaciones no podian abrir ninguna brecha en su bienestar.

Los dos buenos ancianos, segun los hábitos de las gentes á la antigua, eran un poco aficionados á los placeres de la mesa. En cuanto despuntaba la aurora (siempre se habian levantado muy temprano), en cuanto las puertas principiaban sus conciertos discordantes se sentaban á la mesa y tomaban el café con leche. Despues de este desayuno Atanasio salía á la puerta y gritaba agitando su pañuelo como si fuera un látigo:

— ¡Kich! ¡kich! marchaos de aquí gansos, marchaos de aquí.

Ordinariamente veía á su mayordomo en medio del corral, y tenia la costumbre de entrar en conversacion con él, de interrogarle en detalle sobre los trabajos de los campos, y de comunicarle observaciones ó de darle órdenes tales que todo el que le hubiera oído se habria asombrado de sus profundos conocimientos en economía doméstica, y que ni un novicio se habria atrevido, ni aun por el pensamiento á robar un alfiler á un amo tan despierto. Pero su mayordomo era un viejo zorro acostumbrado al fuego que sabia muy bien como tenia que contestar y mucho mejor aun como debía obrar. Despues Atanasio se volvía á su aposento, y decia acercándose á su mujer:

— Decidme, Pulcheria Ivanovna, ¿seria tiempo quizás de tomar un bocado?

— Pero Atanasio Ivanovitch, ¿que se podria comer ahora? á ménos sin embargo, que no comiésemos algunos pastelillos con tocino ó con simiente de adormideras ó algunas setas saladas...

— Vengan las setas y los pastelillos respondia el viejo Atanasio.

Y al punto la mesa del comedor se cubria de pastelillos y de setas saladas.

Una hora antes de la comida, Atanasio almorzaba de nuevo, tomaba una copa de aguardiente en una antigua taza de plata y hacia pasar el aguardiente á fuerza de setas saladas, de pececillos secos y otras fruslerías. Se comía á las doce; además de los platos y las salseras, la mesa estaba cargada de tarros pequeños herméticamente cerrados, á fin de que no pudiesen evaporarse los apetitosos productos de la cocina antigua. En la mesa, la conversacion rodaba de ordinario sobre asuntos intimamente ligados con las cosas de comida.

— Me parece que este pan de flor está muy cocido, decia Atanasio; ¿qué os parece Pulcheria Ivanovna?

— No, Atanasio Ivanovitch, poned un poco mas de manteca, para que no os parezca tan cocido, y echad encima unas gotas de esta salsa de setas.

— Está bien, respondia Atanasio, vamos á ver lo que resulta.

Despues de la comida el viejo iba á dormir una hora de siesta; luego Pulcheria Ivanovna sacaba unas rajás de sandía y decia á su marido:

— Atanasio Ivanovitch, probad esta sandía; vereis que buena es.

— Pulcheria Ivanovna, no tengais demasiada confianza en su hermoso color encarnado, respondia el viejo, tomando una raja de las mas grandes; las hay muy rojas que no valen nada.

Sin embargo la sandía habia desaparecido á poco rato. Despues Atanasio comia algunas peras y se marchaba á dar una vuelta por el jardin con Pulcheria.

Cuando entraban en casa, la buena señora atendía á sus quehaceres domésticos, y el marido sentándose á un balcon que daba al patio, se divertía en mirar como el almacen de las provisiones no hacia mas que mostrar y ocultar su interior cuando abrían y cerraban la puerta, y como las criadas empujándose una á otra, traían y llevaban una porcion de cosas viejas que arrojaban sin orden en los cofres, los canastos y los cedazos.

Poco despues mandaba á buscar á Pulcheria, ó iba él mismo y la decia:

— ¿Qué podriamos comer ahora, Pulcheria Ivanovna?

— ¿Qué hemos de comer? decia ella; á ménos que no mande traer algunos pastelillos de grosellas que de intento he guardado para vos.

— Vengan los pastelillos de grosellas, respondia Atanasio Ivanovitch.

— ¿Quizá prefeririais un poco de *kissel* (1)?

— No vendria mal en efecto, contestaba el viejo.

Y al punto traían los pastelillos y el *kissel*, que desaparecian al mismo tiempo. Antes de la cena, Atanasio tomaba otro bocadito. A las nueve y media sacaban la cena. En cuanto se levantaban de la mesa se iban á la cama, y el mas profundo silencio reinaba en aquel rincón de tierra tan activo y tranquilo á la vez.

La alcoba donde dormía Pulcheria Ivanovna estaba tan caliente que pocas personas habrian podido permanecer en ella algunas horas, pero Atanasio Ivanovitch, para tener mas calor todavía, dormía sobre una estufa rusa cuya elevada temperatura le obligaba á veces á levantarse durante la noche y á pasearse por el cuarto. Durante estos paseos lanzaba pequeños gemidos.

— ¿Qué teneis para quejaros de ese modo, Atanasio Ivanovitch? preguntaba Pulcheria.

— Dios lo sabe, respondia el viejo; parece que me encuentro algo malo del estómago.

— Quizá comeriais alguna cosa, Atanasio Ivanovitch, ¿no es cierto?

— No sé si se me sentaria bien, Pulcheria Ivanovna; pero ¿qué comeria?

— Un poco de leche cuajada ó peras en compota.

— Vamos, probemos, decia Atanasio.

Una criada medio dormida iba á registrar las alacenas; Atanasio se comia un plato lleno de lo que le traían, despues de lo cual solia decir:

— Me parece que me he aliviado un poco.

A veces cuando el tiempo estaba sereno y el cuarto bien caliente, Atanasio se ponía alegrillo y se divertía en chancearse un poco con Pulcheria.

— Decidme, Pulcheria Ivanovna, si se prendiese fuego á nuestra casa, ¿qué seria de nosotros?

— ¡Dios nos libre! respondia Pulcheria haciendo la señal de la cruz.

— Pero en fin, supongamos que nuestra casa se reduce á cenizas, ¿dónde nos iriamos á vivir?

— Sabe Dios lo que estais diciendo, Atanasio Ivanovitch; ¿cómo podria reducirse á cenizas nuestra casa? Dios no lo permitirá nunca.

— Pero sin embargo, ¿qué haríamos si se quemase?

— Pues bien, pasaríamos á las dependencias donde está la cocina; vos tomariais el cuartito que ocupa la moza de servicio.

— ¿Pero si tambien ardiese la cocina?

— Dios nos preserve de semejante desgracia, que la casa y la cocina ardan al mismo tiempo; es un pecado decir semejantes cosas, y Dios nos castiga por tener tales ideas.

Y Atanasio satisfecho de haberse chanceado un poco con Pulcheria, se sonreía un poco sentado en la silla.

Aquellas buenas gentes me gustaban en extremo cuando recibían alguna visita. Entónces todo cambiaba de aspecto en su casa, y no vivían ya sino para servir á sus huéspedes. Traían todo lo mejor que encontraban, y ofrecían con el mayor empeño de todo cuanto producian sus posesiones. Pero lo que mas me gustaba en todo eso, es que nada de lo que hacían era fingido. El contento que experimentaban cuando os colmaban de obsequios se pintaba tan claramente en sus fisonomías, que era casi imposible el dejar de aceptar. Nunca ningun visitante obtuvo el permiso de marcharse el mismo dia en que llegó; era preciso que por lo ménos pasase allí la noche.

— ¿Quién ha visto ponerse en camino tan tarde y para ir tan lejos? decia en esas ocasiones Pulcheria Ivanovna, (y nótese que el visitante vivía ordinariamente á tres ó cuatro verstes de distancia).

— Es verdad, añadia Atanasio, no se sabe lo que puede suceder; pueden salir ladrones y atacaros, ó podeis tener un mal encuentro.

— ¡Dios nos guarde de los ladrones! exclamaba Pulcheria; ¿á que hablar de semejantes historias cuando es de noche? No hay ningun peligro de ladrones, pero el tiempo esta encapotado, y es malo viajar en las tinieblas. Y luego el cochero que teneis, yo le conozco, es tan pequeño, tan endeble... y además estoy segura de que ahora se le ha subido el vino á la cabeza y está durmiendo en un rincón...

Y el huésped se veía obligado á quedarse. Pero por lo demás, la noche pasada en un cuartito bien caliente, una conversacion amistosa, tranquila y propia para conciliar el sueño, el perfume apetitoso de la cena, todo esto pagaba con creces la complacencia del que se quedaba. Me parece estar viendo al viejo Atanasio encorvado en su silla y escuchando con su eterna sonrisa

(1) Especie de jalea de frutas.

en la boca, los discursos de un huésped, no solo con atención sino con un placer verdadero. El visitante, que por lo regular tampoco habia salido nunca de su casa de campo, hacia una infinidad de suposiciones políticas, contaba con aire asustado y con una expresion misteriosa todo cuanto le pasaba por la cabeza.

— Habrá pronto una guerra, les decia.

Entónces Atanasio tenia costumbre de exclamar sin mirar á Pulcheria:

— Yo tengo intenciones de ir á esa guerra; ¿porqué no he de ir yo á la guerra?

— Vamos, ya está diciendo tonterías, exclamaba Pulcheria; no creais una palabra de lo que dice, añadia dirigiéndose al forastero. ¿Cómo podria ir á la guerra con los años que tiene? El primer soldado enemigo le mataria, si, de seguro le mataria.

— O bien le mataria yo á él, respondia el viejo.

— Vaya, vaya, repito que está diciendo tonterías, continuaba Pulcheria; ¿cómo podria ir á la guerra? Sus pistolas están inservibles hace tiempo, y se han subido á la guardilla... Si las vierais... estoy segura de que reventarian y le destrozarian las manos y el rostro, se quedaria desfigurado por el tiempo de vida que le queda.

— Pues bien, decia Atanasio, me compraria armas nuevas; me haria con un sable ó una lanza de cosaco.

— ¡Locuras, todo eso son locuras! ya se ha enamorado de esa bonita idea y estará siempre hablando de lo mismo, exclamaba Pulcheria con cierto enojo; yo sé que se chancea, pero sin embargo, es muy desagradable oírle. Una escucha lo que dice, y acaba por tener miedo.

Y Atanasio contento porque habia asustado un poco á Pulcheria, se sonreía sentado en su silla.

Tambien me gustaba mucho ver á Pulcheria cuando convidaba á un forastero á que almorzara con ellos.

— Aquí teneis, decia destapando una botella, aguardiente de menta, que es bueno para los dolores de riñones; aquí hay otro de centaurea, muy eficaz para curar los zumbidos de oídos y los granos de la cara; ved aquí otro aguardiente de huesos de melocotones, bebed una copita, ya vereis que buen gusto y que buen olor tiene. El que al levantarse por la mañana se pega un coscarrón contra la puerta de un armario y le sale un bulto, no tiene mas que tomar una copita antes de comer, y todo pasa como si nada le hubiera sucedido.

De este modo recomendaba todos sus licores, que cada cual tenia una virtud curativa. Despues de haber hecho probar al forastero todas aquellas medicinas, le llevaba á una mesa cargada de una porcion de platos.

(Se concluirá.)

Fabricacion de las bugías ó velas de esperma.

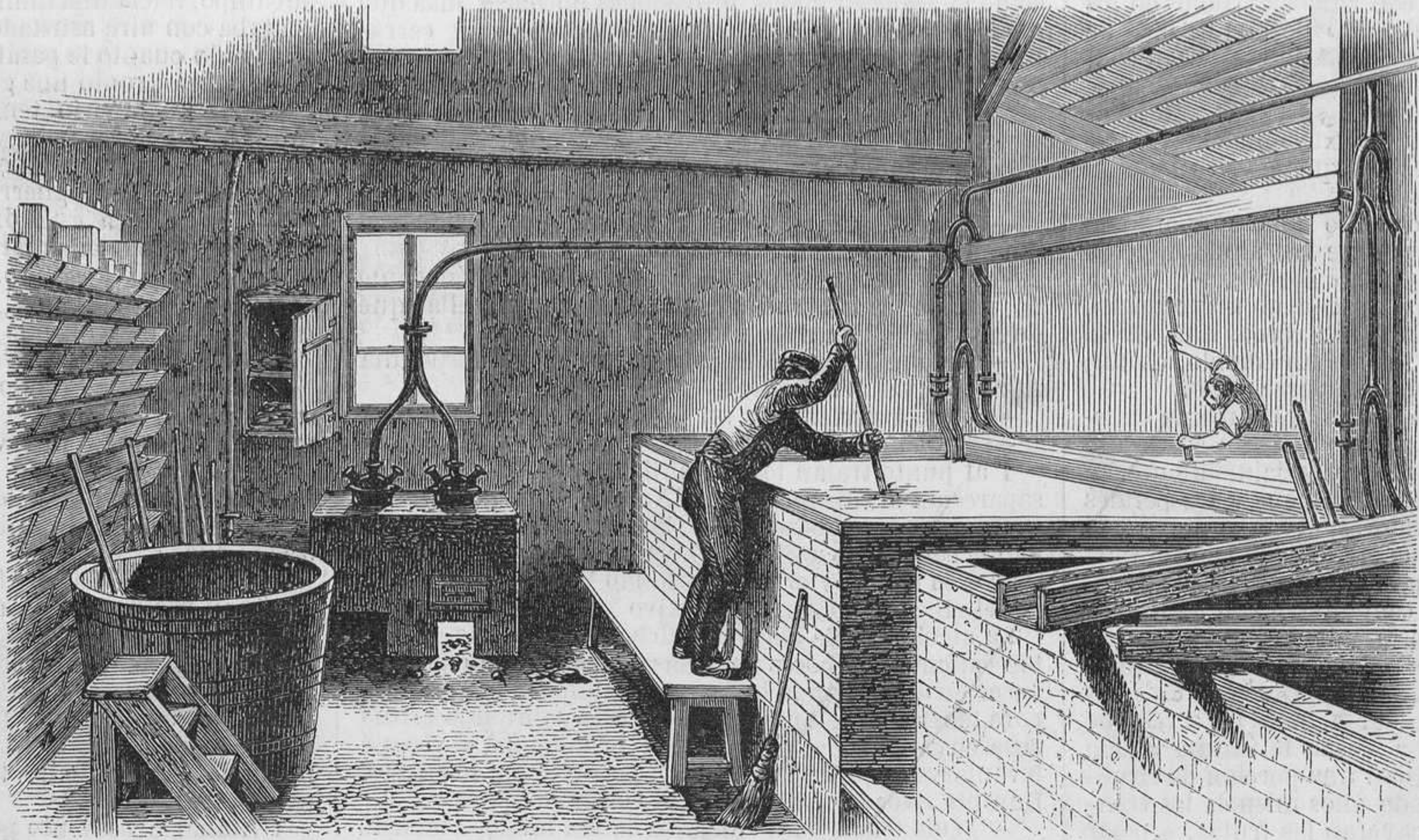
La fabricacion de las velas de esperma, es en el dia una industria de las mas interesantes, pues todo el mundo gasta hoy estas velas, y sin embargo, pocas personas conocen el secreto de su fabricacion.

Esta industria debe su origen á los notables descubrimientos de M. Chevreul y M. Gay-Lussac, que en 1825 tomaron una patente de invencion por el empleo de los ácidos esteárico y margárico para el alumbrado. Estos dos señores evidenciaron y describieron desde aquella época los dos procedimientos actualmente aplicados á esta fabricacion; la destilacion y la saponificacion. La destilacion, explotada hacia mucho tiempo en grande escala en Inglaterra, solo se opera en Francia desde hace pocos años; este procedimiento, cuyas ventajas se han puesto en duda, cuestion que no nos toca examinar aquí se ha empleado en grande en la fábrica de Neuilly, pero no da mas que productos de segunda calidad, recomendables solamente por su baratura.

La saponificacion, á pesar de las investigaciones y los ensayos de algunos trabajadores atrevidos, no hizo la entrada en el mundo industrial hasta el año de 1831, bajo el patrocinio de M. Milly y M. Motard que fueron los primeros que fabricaron las velas de esperma. Estas bujías antes de obtener su parte efectiva en el alumbrado doméstico, tuvieron que luchar enérgicamente contra la antigua y primitiva vela de cera que disfrutaba entónces á justo título del favor público; pero al mismo tiempo que ofrecía ya una ventaja incontestable en cuanto al precio sobre su rival, la vela de esperma permaneció como la de cera reducida al gasto de las personas acomodadas á causa de su elevado precio. Establecieronse pues, nuevas fábricas, y entrando en ellas la concurrencia, se fué abaratando gradualmente el precio de ese nuevo producto. Aunque parezca excesivo en el dia su precio, no puede bajar, mas sin embargo, ¿quién sabe los prodigios que nos reserva todavía la química! La vela de esperma está hoy al alcance de todas las clases, penetra por todas partes hasta en las clases pobres, y aun los países extranjeros, por la importancia de sus pedidos señalan de un modo incontestable la superioridad de la fabricacion francesa.

La concurrencia que en 1849 suscitó la creacion de la fábrica de la Villette y los notables perfeccionamientos que sus directores, MM. Jaillon, Moinier y compañía introdujeron en esa industria, han adelantado mucho el sistema de la fabricacion de bugías. Al cabo de largos estudios y de incansables esfuerzos que precedieron

largo tiempo la creacion de su fábrica, aquellos señores reconocieron todas las ventajas que podian sacar de la saponificacion sulfurosa; y la buena aplicacion que de ella han hecho en su establecimiento ha sancionado por la esperiencia el mérito de esa nueva invencion, por la que han sacado privilegio. Este procedimiento notable por su sencillez, permite en efecto extraer del sebo una mayor cantidad de ácido esteárico, y contribuye al mismo tiempo á producirlo en condiciones de calidad poco comunes en el día. Hoy la fábrica de la Villette figura entre las primeras; produce diariamente 5000 libras ó paquetes de bugias superiores; la importancia es mayor cada año, y sus gefes consagrados á un trabajo constante, buscan en la ciencia y en la práctica, nuevos medios de popularizar la vela de esperma, por lo

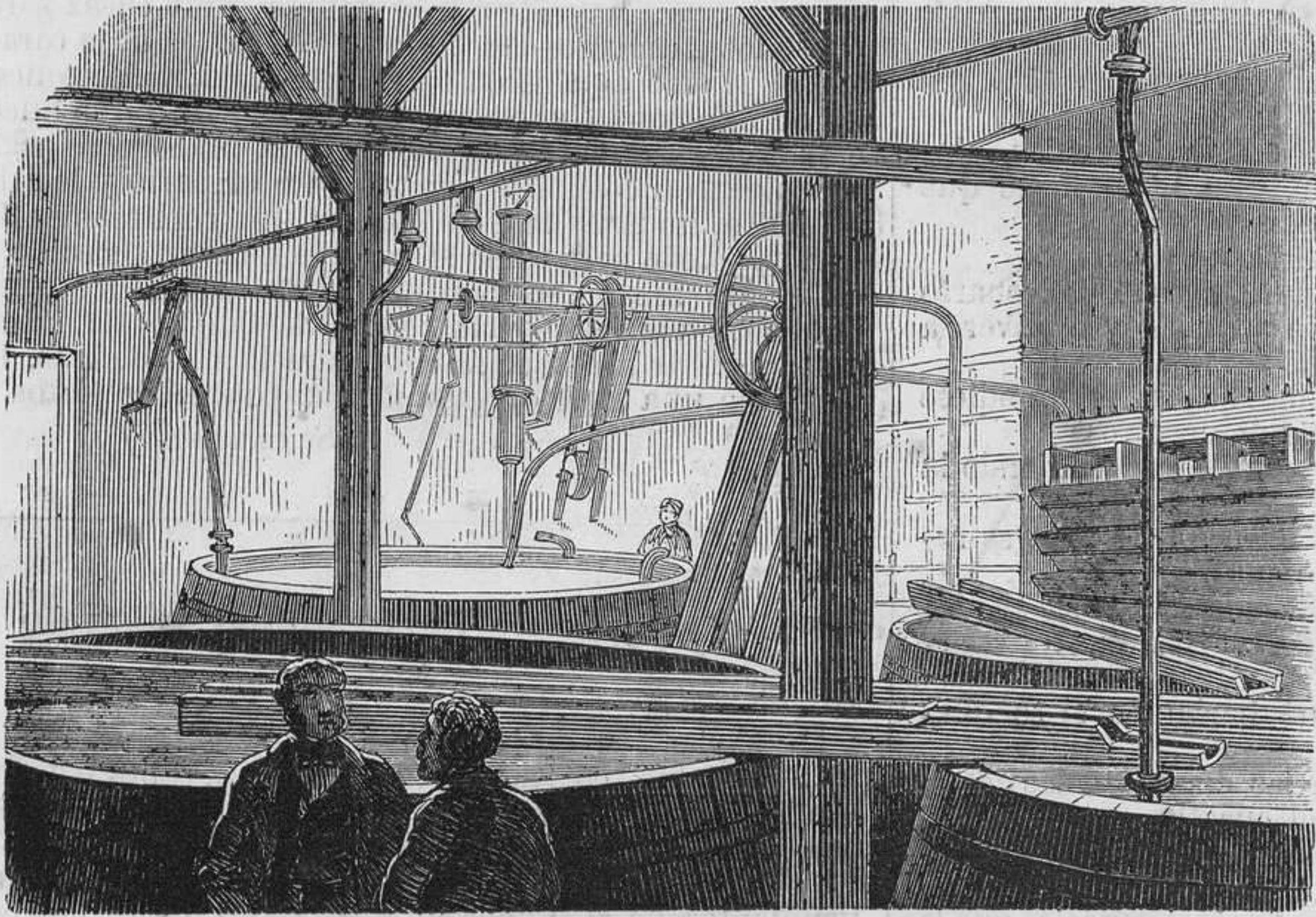


Saponificacion de los sebos.

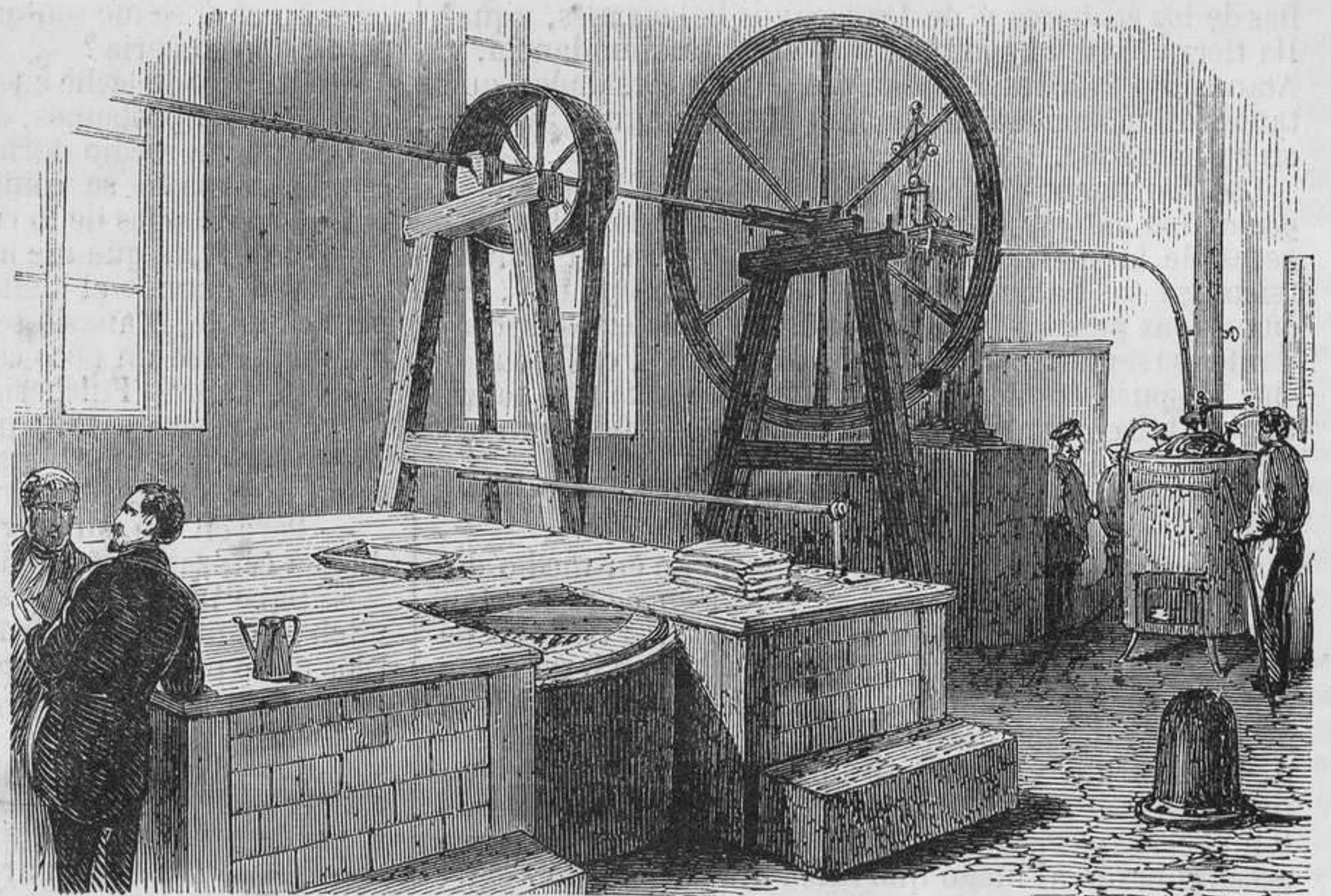
módico de sus precios.

La descripcion escrita y grabada que damos aqui de algunos de sus talleres, pondrá al corriente al lector de las curiosas operaciones de esa fabricacion, y de sus caracteres mas particulares.

La primera operacion, la que parece mas sencilla, pero que en el fondo es una de las mas importantes, es la saponificacion. Esta operacion consiste, una vez que se ha derretido el sebo en grandes receptáculos, en introducir en él cierta cantidad de cal apagada y desleida en agua; esta mezcla se calienta vivamente por medio del vapor, durante unas ocho horas, y al cabo de este tiempo el cuerpo graso se halla enteramente descompuesto y forma con la cal una combinacion que tiene la dureza de la piedra y que se llama jabon de cal; el perfeccionamiento de MM. Jai-lon Moinier y compañía,



Lavado de los ácidos grasos.



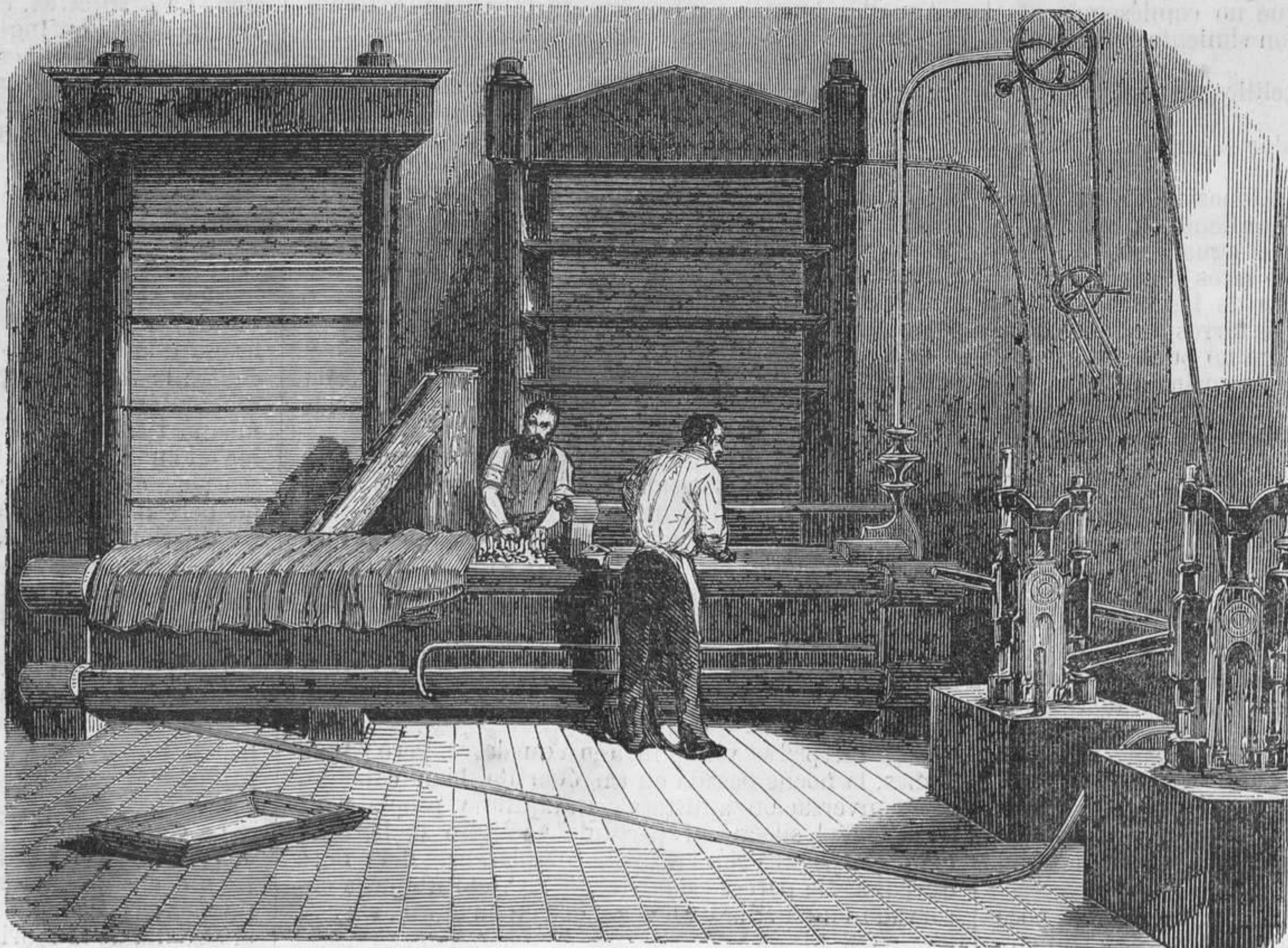
Prensa continua y caldera Boutigny.

se aplica á esta primera operacion, introduciendo todo el tiempo que dura una corriente rápida de ácido sulfúreo en la mezcla del sebo y de la cal.

Formado de ese modo el jabon de cal se trata á una temperatura suave por el ácido sulfúrico con agua que se apodera de la cal, pone en libertad los ácidos esteárico y oléico, y les hace sobrenadar en la superficie del baño bajo la forma de un aceite un poco amarillento.

Entónces se trasiegan esos ácidos grasos á una cuba inmensa donde sufren una primera lavadura con agua acidulada despues de la cual se les somete en otras cubas á otros dos lavados con agua pura; estas cubas pueden contener hasta 14,000 kilogramos de materia.

Cuando esta materia se ha posado bien la arrojan en unos moldes especiales donde se enfría y endurece; entónces forma pilones y tortas que se introducen en sacos de lana que someten á frio, y la accion graduada de las prensas hidráulicas verticales; esta primera presion tiene por objeto quitar al ácido gra-



Prensas hidráulicas para trabajar á frio y en caliente.

so su mayor parte de ácido oléico, en seguida se someten las mismas tortas á una presion en caliente en grandes prensas horizontales, y lo que queda de ácido oléico se suelta por esa nueva presion, arrastrando cierta cantidad de materia sólida que se mezcla con los ácidos grasos producidos cada dia.

Entónces queda en los sacos una materia dura, seca, blanca y transparente que es el ácido esteárico; esta materia se pone en fusion y se somete á dos lavaduras, una con agua un poco acidulada, y otra con agua albuminosa ó glutinosa á fin de quitarla los cuerpos extraños que pueda contener; despues la dejan en reposo durante algunos dias.

Por último se arroja en unas cubetas de hierro batido y estañado donde debe agitarse constantemente hasta que se enfría á cierto grado, y entónces se cuele en moldes calientes, de modo que la combinacion de esas dos temperaturas, la va llevando poco á poco á un grado de frialdad progresivo y completo.

Al cabo de dos horas la



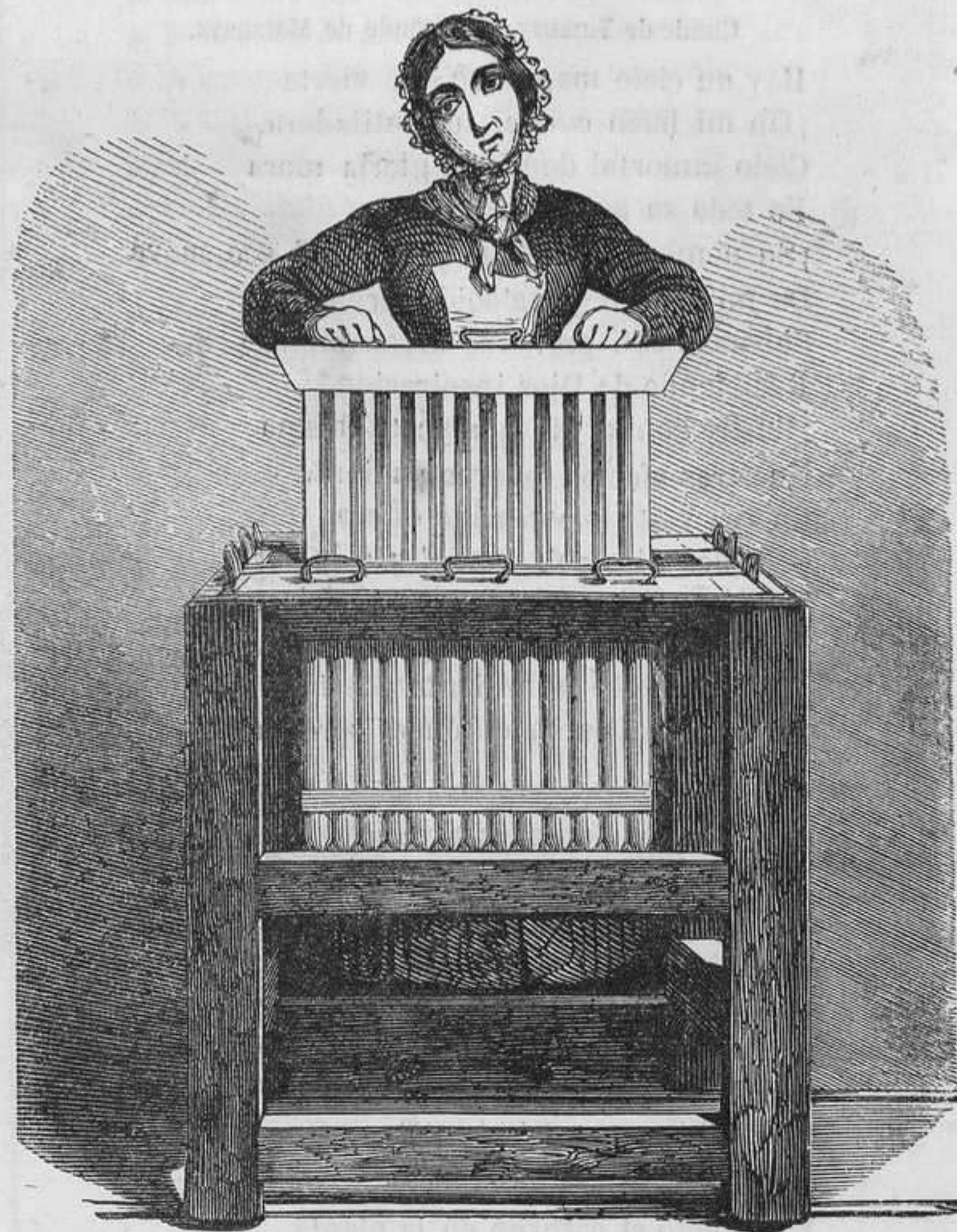
Operacion de fijar las mechas en los moldes.

vela enteramente fria y dura sale de los moldes, y por un plano inclinado continuo, pasa al lugar donde permanece expuesta al aire durante dos ó tres dias para que adquiera toda su blancura.

Antes de colar el ácido esteárico en los moldes, se guarnecen estos con las mechas. Estas mechas de algodón trenzado, disposicion ingeniosa que evita la necesidad de despavilar continuamente, se hallan sometidas á una preparacion quimica que facilita la combustion y hace la luz blanca y pura. Se pasa la mecha á través de los moldes con un ganchito, y luego se fija á una extremidad con una rondelaja que la mantiene en el centro del molde, y á la otra por medio de un leitoque de madera que la sostiene tirante, y que impide que corra la materia.

Cuando la bugia ha quedado lo blanca que debe quedar, entónces pasa á otro taller donde se precede á sus últimas preparaciones. Primeramente se redondea con una sierra circular que da vueltas con rapidéz; esta operacion dirigida por un niño, pero que necesita la mayor vigilancia y atencion, tiene por objeto quitar á la vela las desigualdades que presenta, y redondearla hasta que quede en su debido peso; despues la meten en agua con jabon, la enjugan con cuidado para sacarla enteramente limpia y la someten á la máquina de pulimentar que la da su abrillantado definitivo.

Por último, una porcion de criaturas de ambos sexos, de una destreza sorprendente, las envuelven en paquetes de 4, 5, 6, y 8 por libra, de cuyo modo las recibe el comercio; preciso es haber visto á esos trabajadores inteligentes, á esas máquinas ingeniosas, para poder formarse una idea exacta de todos los cuidados y de los mil detalles indispensables que requiere esa fabricacion; y cuando se ha presenciado ese trabajo tan complicado, tan múltiple, no puede uno ménos de pre-

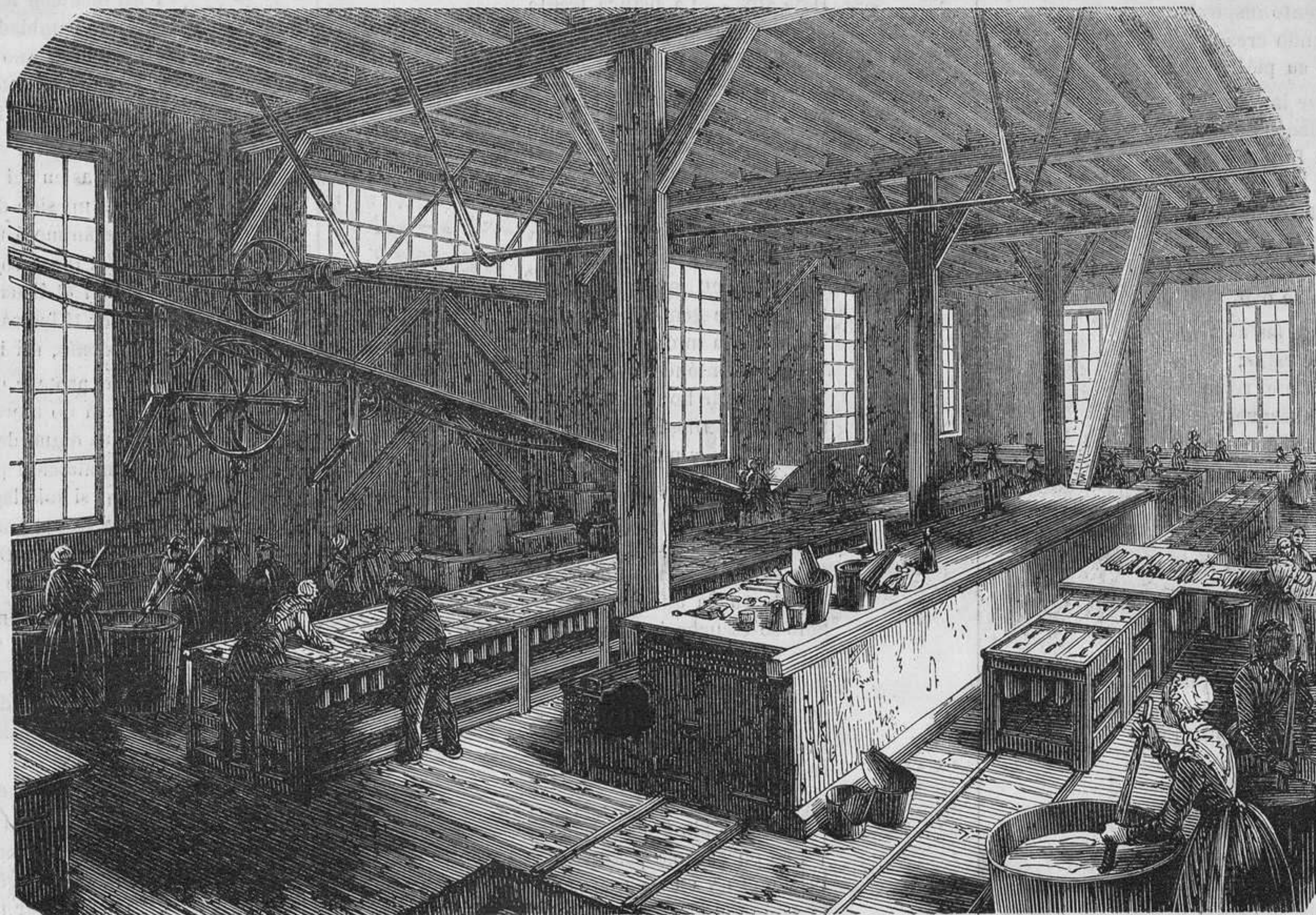


Operacion de sacar las velas de los moldes.

guntarse cómo la industria puede suministrar al consumo de Paris y del mundo entero tanta cantidad de velas y tan baratas.

El ácido oléico que se extrae de los ácidos grasos y que queda como residuo secundario, se emplea para el engrasaje de las lanas en las fábricas de paños, y tambien para confeccionar esos jabones de Paris que tanta fama tienen entre los objetos de perfumería. Digamos ahora cuatro palabras sobre las fuerzas que se emplean en ese establecimiento; primero tenemos ciento cuarenta obreros, hombres, mujeres y niños, formados casi todos en la fábrica donde cada cual en su parte tienen adquirida una habilidad sorprendente; sus gefes los tratan con una benevolencia que podria servir de ejemplo en otros establecimientos de este ú otro género.

Además de las fuerzas físicas é intelectuales del hombre hay en la casa seis calderas de vapor, que distribuyen en donde es necesario el calor, el vapor y el movimiento; una máquina de vapor, correspondiente á una de



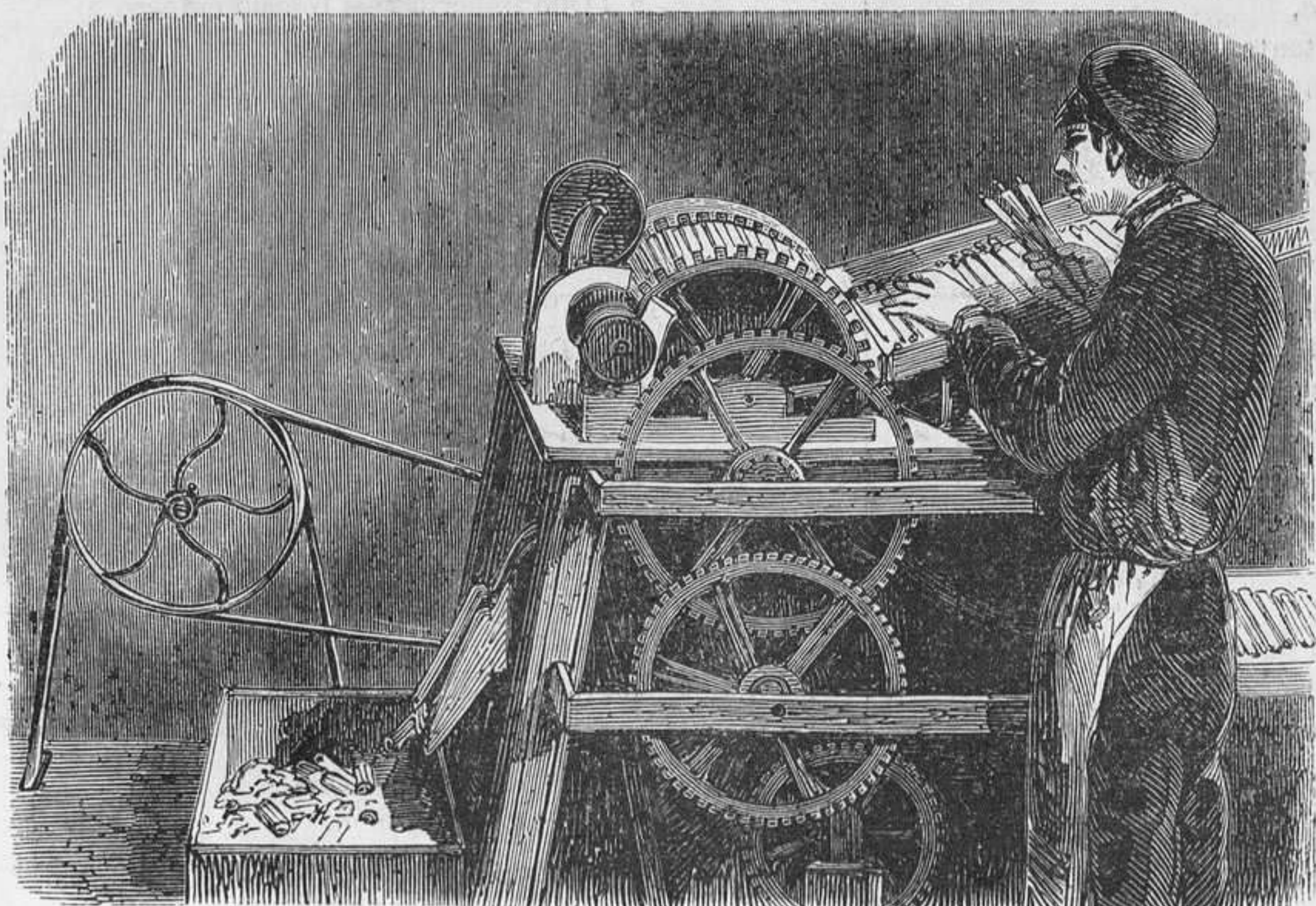
Talleres de colado.

de kil. y pone en actividad todos los demás aparatos mecánicos, como las bombas, las máquinas de redondear y abrillantar, el plano inclinado etc., etc.

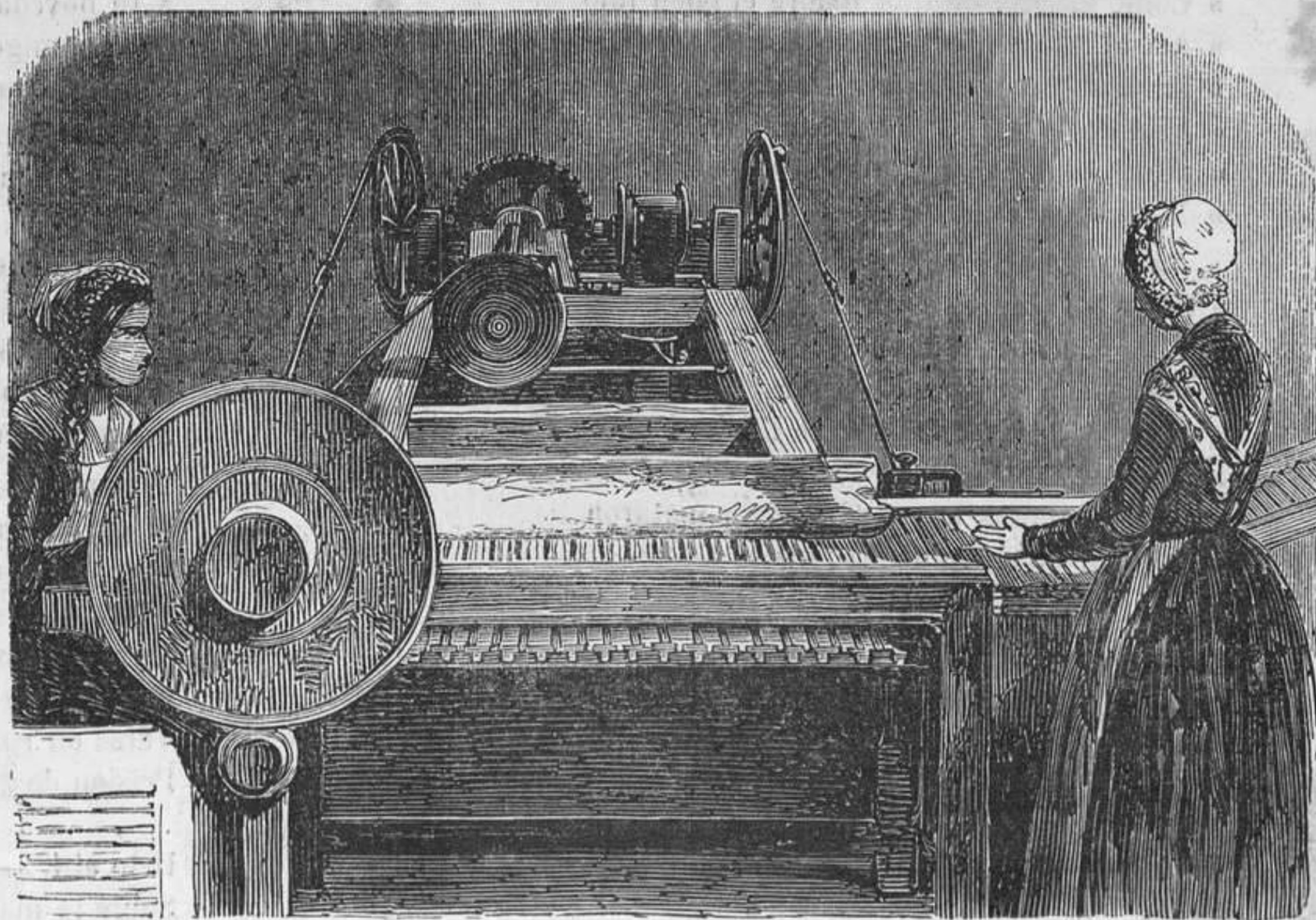
Una caldera mas se oculta modestamente en un pequeño taller, contiguo al establecimiento, y es la que se conoce con el nombre de caldera Boutigny de Evreux, cuya construccion y juego reposan en las propiedades del agua al estado esférico; con 50 centímetros de altura sobre 30 de diámetro, puede dar vapor directamente á todas las temperaturas, y pone en movimiento una máquina de vapor oscilatoria de la fuerza de dos caballos, la cual hace mover directamente una pesada centrifuga que da cuatrocientas vueltas por minuto, y una enorme prensa continua que extrae el ácido oléico de 6000 kil. de ácidos grasos por dia.

En fin para cubrir las necesidades de los aparatos y máquinas del establecimiento, hay en permanencia talleres de carpintería, de mecánica, etc., y algunas fraguas.

G. F.



Máquinas para redondear las velas.



Máquinas para abrillantarlas.

La vuelta del Almirante.

AL SEÑOR DON FRANCISCO ANTONIO NARVAEZ,

Conde de Yumury y vizconde de Matanzas.

Hay un cielo magnífico que vierte
¡Oh mi buen conde! luz rutiladora.
Cielo inmortal donde la gloria mora
En toda su purísima ilusión.
¡Su nombre es la Amistad! — Al eco suave
De mi sonoro y melodioso acento,
Subamos con profundo arrobamiento
Recibiendo de Dios inspiración.
¡Ilustre conde! Ni la muerte misma
Nuestros afectos separar pudiera.
En esa vasta y peregrina esfera
Grábelos Dios ¡oh conde! y á la par.
Y allá en mi patria donde vos dejasteis
Sello de gloria, cunda mi armonía,
¡Y el ángel de la ardiente poesía
Vuestra sien pueda entónces coronar!

I.

Con los ojos tornados al cielo
Y en las manos la trémula lira,
En la prora de un buque se inspira
Una casta sublime visión.
Es la misma que vió en sus trasportes
Como enviada por Dios peregrino,
Aquel sabio y resuelto marino
Que la historia apellida Colon.
Flota al viento la veste de oro
Y revuelto el coturno en la planta,
Triste gime, dulcísima canta
Son sus alas, los cielos que ve.
Es la misma que á Hiparco seguía,
Que al cantor de Sorrento inspiraba.
¡Cuando Dios este mundo creaba
Ella estuvo sentada á su pié!
De sus ojos centellas se lanzan,
De sus labios despréndense flores,
Y en su frente rutilan fulgores
Que Moisés en la suya sintió.
Vuela el sol al ocaso brillante,
Rompe el seno del agua la prora,
Nunca voz tan sentida y sonora
En los vastos espacios se oyó.
Como el ángel que bate las alas
Do fulgura la grana de estío;
Como el cisne que siente el rocío
Y las abre y las pliega despues.
Tal la vírgen del gran visionario
Da á su veste gentil movimiento,
Y á los aires su férvido acento,
Mientras ruge la mar á sus piés.
« Hunde ¡oh sol! la magnífica frente,
» ¡Qué te importa la tumba de ocaso,
» Si der rama do quiera tu paso
» Una gloria que te hace inmortal?
» Yo tambien, yo tambien inspiraba
» Otro sol como tu peregrino,
» Genio audaz que en su bello camino
» Se elevó como tú, sin rival
» Como tú, rojo sol, ¡ay! desciende.
» Yo le dije entre sueños, que habia
» Otro mundo que yo conocía,
» Que yo era enviada de Dios.
» Y le dije que en zona de fuego,
» Esa tierra de amor descollaba,
» Do la gloria sublime esperaba
» A quien de otra lanzárase en pos.
» Como acaso en los bosques despierta
» Ave errante á un desvelo prolijo
» Como al ¡ay! de una madre el buen hijo,
» Así al punto el mortal despertó.
» Mira al punto mi sien decorada,
» Alza en breve las manos al cielo,
» ¡Pues marchemos! me dijo en su anhelo,
» Y en silencio mis pasos siguió.
» Tú, ¡gran sol! la carrera del genio,
» Sabes ya cuando emprende la via,
» Que este mundo le ofrece á porfia
» Para darle despues sinsabor.
» Tú bien sabes que al vasto Keplero
» De sus ojos la luz le robaron:
» Tú no ignoras que á Hypáthya mataron
» A pesar de su inmenso fervor.
» ¡Ay! el sabio marino en la vida
» Mil escollos ¡oh sol! encontraba.
» Loco, el pueblo al marino llamaba,
» Loco, el mundo al sublime Colon.
» Mas no pienses que pudo en su idea
» Arredrarse ¡gran sol! un momento.
» ¡En Dios toman los genios aliento,
» Y por eso no muere tal don!

» Como el águila enorme que tiende,
» Devorando tu luz, ambas alas,
» Y ambiciosa de hollar esas salas
» Do el Empíreo relumbra inmortal,
» Se adelanta sintiendo que truena
» A sus plantas el viento impetuoso,
» Y que el rayo se arroja azaroso
» Vacilando el zénit celestial,
» Así el rauda Colon velozmente
» Ascendia con sien inflamada;
» Dejó el moro su rica Granada,
» É Isabel al marino llamó.
» ¡Isabel! — protectora del genio
» Que en un fuego purísimo ardía:
» Isabel que su mano tendia
» En las sienes que Dios coronó.
» Dividiendo la prora el Océano,
» Y gozoso aquel nauta divino,
» Tomó en breve el ignoto camino
» Que á su genio fogoso indicó.
» Descubrió la region presagiada
» Sobre perlas el oro lucía.
» Era grana vivísima el día,
» Y era llama en su pecho la fe.
» Ya concluyo ¡gran sol! — Ese genio
» Vuelve á Europa de grillos cercado.
» Vuela ¡oh sol! á tu Dios venerado,
» Y demanda á ese Dios compasión.
» ¡Yo me oculto tambien cual tu disco
» Llena el alma de atroz desconsuelo...!»
Y la noche tendió negro velo,
Y en la sombra se hundió la visión.

II.

Helo allí. — La blanca frente
Sobre la mano posada,
Y tétrica la mirada
Y oprimido el corazón.
Helo allí. — ¡Solo y sombrío
El descubridor de un mundo!
En un delirio profundo
Perdiéndose está Colon.

Y al ruido de las argollas
Que oprimen manos y planta,
Su ardiente genio se espanta
Y abarca la inmensidad.
Viéndose entónces coloso,
Y cercado de honda pena
Sacude ¡ay Dios! la cadena
Con orgullo y majestad.
Y un eco solo responde,
Un eco sordo, profundo,
Como el ¡ay! de un moribundo
Que siente inmenso dolor.
Y todo queda en silencio,
Solo se escucha la prora
Que rompe el agua sonora
De los astros al fulgor.
¡Oh malogrado destino
Del genio! — Destino impío,
Que da sinsabor sombrío,
Que hace vacilar la fe.
¡Aborta el alma un prodigio,
Y dan en cambio pesares!
Prisionero y en los mares
El sabio Colon se ve.

¡Cielo! ¡porqué de tu vasta
Y alta esfera luminosa,
Una chispa relumbrosa
Su espíritu no encendió,
Y volando el sumo genio
A tu bóveda radiante,
Del enemigo inconstante
El vil proyecto burló?
¡Oh tú glorioso Las Casas!
¡Cuánto, cuánto llorarias,
Cuánto, cuánto gemirías
Viendo poner á Colon
Por un miserable idiota
Que *Espinosa* se llamaba,
El grillo que deshonraba
Del genio la inspiración!
Y cuanto de ira y pena
El grande hombre sentiría.
Sueño le parecería,
Vértigo suyo tal vez.
Y luego, aunque con dulzura
De parte del comandante,
Verse en ruín y amenazante
Prision de gran lobreguez.

Helo allí. — La blanca frente
Sobre la mano posada,

Y tétrica la mirada,
Y oprimido el corazón.
Helo allí. — ¡Solo y sombrío
El descubridor de un mundo!
En un delirio profundo
Perdiéndose está Colon.

A ratos tartamudea,
Se levanta de la silla,
Y pronuncia ¡Bobadilla!
Y se oye el hierro sonar,
Y el mismo se ruboriza
Cuando recuerda su mente,
A la canalla insolente
Que le silbaba en el mar.
Y los gritos y el tumulto
De aquellos que le temblaban
Cuando en sus manos miraban
¡Ay! las riendas del poder.
¡Triste condicion humana
Baldonar al que ha caído,
A quien, ay, era aplaudido
Con grande entusiasmo ayer!
Y á intervalos el marino
Se levanta apresurado,
Gira, camina aterrado,
Y le tiembla el corazón.
Allá en su horrendo delirio,
Como del suelo brotada,
¡Ve con trémula mirada
Su ídolo, la visión!

Y deja escapar un grito
Mientras se abrasa su frente.
Se arrodilla de repente,
Y así dice con fervor:
« No he cambiado de mi vida,
» Porque te amo y te venero,
» Y contemplarte prefiero,
» Que ser de un mundo señor.
» ¿Te vuelvo á ver, ángel mio?
» ¿Clavas en mí tu mirada?
» Toca mi sien devorada,
» Dale ánimo á Colon.
» Por tí me arrojé á los mares,
» Por tí el Ecuador media,
» Y por tí formas tenia
» Mi sueño, mi inspiración.
» ¡Oh! protege un desgraciado
» Que si no merece gloria,
» No es digno de una memoria
» De maldición perenal.
» ¡Oh! si mis lágrimas pueden
» A la compasión moverte,
» Sálvame ¡ay Dios! de una muerte
» Tan insufrible y fatal.
» Yo te miro centelleando,
» En mi mente retratada.
» Impalpable y apoyada
» Sobre el mundo que medí.
» ¡Compañera de mi gloria!
» Mírame ahora aherrojado,
» Como el mas cruento malvado
» Y aborrecido ¡ay de mí!
» ¿Porqué del orbe que es mio,
» (Porqué del genio es la gloria)
» Para ensalzar mi memoria
» Y mi virtud ilustrar
» No se me deja, Dios santo,
» En posesión absoluta,
» Mientras que otro disfruta
» De lo que pude lograr?
» ¿Qué importa? — Gócelo empero.
» Mas impide tú, señora,
» Que mi virtud en mal hora
» Baje con mengua y baldon. »
Y no bien así se expresa,
Cuando ella dice arrogante:
— Aparecerá radiante
Tu ardiente virtud, Colon.
— « Descienda Dios á tu labio, »
Clama trémulo el marino.
Y ella dice: — Si un camino
Tu claro genio indicó,
Y te opusiste á las aguas
A mi mandato obediente,
A gloria eterna y creciente,
Gran Colon, te alzaré yo.

Serán tus grillos laureles,
Será tu hazaña un poema;
Será tu virtud emblema
De fe, de resignación.
Y mas allá de los polos
Hasta el Empíreo cundiendo,

Irá el entusiasta estruendo
Que el mundo rinda á Colon.
— ¡Gran Dios! exclama el marino,
A todo me presto ahora;
Venga la muerte en buen hora,
No la teme el justo, no.
¿Porqué quien á gloria pura
Muriendo me elevaria?
¿Quién mi nombre endiosaria?
Y la vision dice : — Yo.
Y brilla en cerco de gloria
A los ojos del marino.
Ella le indica un camino,
Desvanécese y se va.
Y el grande hombre con la frente
Sobre la mano posada,
Con el alma iluminada,
Y entre letargos está.

¡Oh! ¿quién no tuvo en la vida
Momentos ¡ay! de amargura?
Sí, la dicha es insegura
Y débil el corazon;
Y en esa esfera infinita
Donde el genio es un coloso,
¿Cuánto es el dolor penoso,
Y cuán triste una afliccion!
Duendes, fantasmas, quimeras
Son las glorias de la vida;
Va la nave despedida
Con harta velocidad,
Y un abismo léjos brama...
¡Así el alma se desvela,
No corre : se lanza, vuela,
Y brama la eternidad!

Pero ántes, ántes ¡Dios mio!
¿Cuántos golpes y amargura,
Cuánto tedio y desventura
Y hondo ay del corazon!
¡No! La vida no es la gloria
Para el genio de alta esfera.
Es cárcel que desespera
Y es grande la aspiracion.
Es Tántalo que no bebe
Aunque está el agua mirando.
¡Oh! quien vive adelantando
Porque crea en cada sol,
Es como aquel que descubre
Un suicidio disculpable,
Y muere ante un envidiable
Cuadro de luz y arrebol.
O bien mirando un fantasma,
Cual Prometeo sintiendo
Un buitro que está royendo
Sus entrañas sin cesar;
Alarga el triste los brazos,
Y el buitro lleno de enojos
Le saca al punto los ojos
Y luego lo hace espirar.

¡Ah! misteriosa armonía
A la unidad nos enlaza.
Sublime unidad que abraza
Los mundos : la eternidad.
¡Gotas que al mundo caemos,
Que al sol nos evaporamos,
Y que hasta los cielos vamos
Cruzando la inmensidad!
¡Voguemos! El mar es ancho.
La esperanza está en el alma.
Ella nos dice que hay calma
Allá en la suma region.
¡Voguemos! — Mirad empero,
Como aumenta el claro dia
La intensa melancolía
Del gran Cristóbal Colon.

Andrés Martín y Villejo
En la prision han entrado;
Colon los mira turbado,
Teme de los hombres, sí.
Pero aquellas nobles almas
Le tienden entrambos brazos,
Y al calor de los abrazos
Lloran ¡ay! los tres allí.

— ¿Qué quereis? dice el marino.
— Señor, responden, quitaros
Esos grillos, y trataros
Como anhela el corazon;
Que de V. E. deplora
La suerte, ¡cruel Almirante!
Y levántose arrogante
Y hablóles así Colon.

— « Dejadlos : ellos no ofenden
» En quien dicen hay mancilla :
» De la córte Bobadilla
» La cruel órden recibió.
» Háganlo Sus Majestades.
» ¡Los guardaré por memoria
» De mis méritos é historia!
» Miétras no lo manden ¡no! »

Confusos, tristes, salieron
De la bóveda sombría;
Colon en su angustia impía
Desparecer los miró;
Y al ruido de la cadena
Unióse su sentimiento,
Y al eco de su lamento
La puerta que rechinó.

III.

Ya toca en Cádiz bella la nao triunfadora,
Ya cunde que ha llegado de América, Colon.
Se sabe que del mundo donde la india mora
Retorna encadenado con menguas y baldon.
¡Oh Irving! bien has dicho. — Las fuertes impresiones
Detienen el instinto que hay de meditar.
El pueblo se desfrena lanzando imprecaciones,
Ya empieza el sol del genio sublime á dominar.
En Cádiz y Sevilla la nueva se propaga.
El pueblo ya rodea frenético á Colon.
El pueblo siempre juzga, y francamente paga
Lo que merece el genio : Justicia y ovacion.
Y como hierve el Ponto cuando lo azota el viento,
Así va el populacho con fiero rebramar,
La dolorosa nueva dejando sentimiento.
Granada ya lo sabe y empieza á murmurar.
La córte no lo ignora. Ya cunde en los salones
De la espaciosa Alhambra que preso está Colon,
Los nobles no reprimen sus roncas maldiciones.
El genio inspira siempre justicia y ovacion.
Antes que el protocolo que manda Bobadilla,
La carta del marino hasta la córte fué,
Y el llanto de la augusta señora de Castilla
La turba y se enardece con espontánea fe.
Turbado está Fernando, y al cabo determinan
Que se aparezca al punto Colon el inmortal,
Ante cuyo gran genio los mundos hoy inclinan
La frente con grandeza y encanto celestial.
¡Oh genio! ¿con qué magia persuades á los hombres
Que sin mostrar la frente deslumbras ¡ay! asaz?
¡Oh genio! ¿de qué magias revistes esos nombres
Que admiro y que venero con venturosa paz?
Los reyes en el trono y en torno los señores,
Las joyas fulgurando, dispuesto todo está;
La augusta y bella reina desprende resplandores,
Con impaciencia grande espera al sabio ya.
De comitiva espléndida el genovés rodeado,
Vestido á maravilla, temblando de emocion,
La venerable frente cual sol abrillantado,
Delante de sus reyes llorando habla Colon.

IV.

« Mi llanto perdonad, reina y señora,
» Es la vindicacion del alma mia.
» Vos que me conoceis llorais ahora,
» Y es que Dios esas lágrimas envia.
» Si pudo errar mi alma en triste hora,
» Si abusé de una ley que no entendia,
» No fué mi corazon : caiga en mi nombre
» Cuanto pudo causar mi error de hombre.
» A hablaros voy, ¡y plegue al alto cielo,
» Oh soberana reina de Castilla,
» Que torne yo á gozar de ese que anhelo
» Acatamento á mi virtud que brilla!
» Disculpe el trono mi profundo duelo,
» Que el llanto nunca á la honradez mancilla,
» Y aunque ¡oh reina! mi gloria palidezca,
» De Cristobal Colon la virtud crezca.
» ¡Reyes augustos! Mi alma poseida
» De arrobamiento, con placer miraba
» Esa tierra de glorias revestida
» Que en mi vértigo ardiente adivinaba;
» Alzada en ondas de ámbar y vestida
» Por relumbrante luz la contemplaba,
» Y cuando abrí del mar el hondo seno
» Caí postrado y de ventura lleno.
» Nada mas bello : nada peregrino
» Como esa tierra de inmortal ventura;
» La industria rebotando de continuo
» Y de sus naturales la dulzura.
» Labraba yo su porvenir divino
» Con diligencia ciega, con ternura,
» Cuando vosotros, adorados reyes,
» Un espía mandasteis á mis leyes.

» Fué Bobadilla, que empuñó al momento
» Las riendas del poder, y en breve hora,
» Sin tomarme razon, quiso violento
» Poner en la prision espantadora
» A quien domó una vez el elemento :
» A quien parado en orgullosa prora,
» El dedo del Altísimo veia,
» Cuando el rayo de luz me revestia.

» Al punto obedecí : — bajé la frente
» Ante el mandato real, y mi persona
» Se vió entre toscos grillos de repente,
» Buscando el resplandor de la corona.
» ¡Oh reina! Sollozando tristemente
» Debajo el sol de la tostada zona,
» A la oscura prision me conducian,
» Miétras mis canas ¡ay! escarnecian.

» Fué poco aun. — La envidia ponzoñosa,
» ¡Augustos reyes! se ensañó inclemente,
» Fulminando calumnia asaz odiosa
» Que me hizo aparecer mas delincuente.
» ¿Manchar mi gloria yo, reina piadosa,
» Vuestra riqueza hurtando impunemente?
» ¡Jamás! ¡jamás! las perlas recogidas
» Fueron al mismo trono remitidas.

» ¡Augustos reyes! — Perdonad si acaso
» Vuestro decoro y majestad ofendo;
» Pero siento en el alma á cada paso
» Puñal agudo que me sigue hiriendo.
» ¡Allá en las puertas del inmenso ocaso
» Teneis un continente que diciendo
» Vuestros nombres está, y al sol que brilla
» Los bustos de los reyes de Castilla!

» Nada os pide Colon del mismo mundo
» Que descubrió por voluntad divina;
» Pero este llanto en el que yo me inundo,
» De mi virtud os habla peregrina.
» Volver quisiera al mar : en el profundo
» Hallar ¡oh reyes! angustiosa ruina,
» Pero tambien eternizar con gloria
» De mi virtud excelsa la memoria.

» Allí teneis una region luciente
» Donde el eterno maravillas cria;
» Allí teneis la tierra refulgente,
» Cuna de la mas alta poesia.
» En vano imitacion : la humana mente
» No alcanza á tanto como alumbra el dia,
» En la patria feliz do el indio mora
» Y alza la cruz, enseña salvadora.

» Perdon ¡oh reyes! mas haced que un dia
» Pueda el cubano en mi virtud sagrada
» Hallar su gloria : el sol de poesia
» De la ventura por mi Dios creada.
» Pueda tambien en la tenaz porfia
» De poseer la gloria ilimitada,
» En la vasta region del pensamiento
» Dar riendas á su genio, á su talento.
» Y plegue á Dios ¡oh reyes de Castilla!
» Que mas que mi palabra logre el alma
» Deciros que mi amor radiante brilla
» Para vosotros en sublime calma.
» Plegue al cielo inmortal que nunca humilla,
» A quien con santa religion se ensalma,
» Que comprendais el sinsabor profundo
» Del que por base al trono le da un mundo. »

V.

Los mismos reyes á Colon cercaron;
Sus honores al sabio devolvieron;
Los astros de Colon resplandecieron,
Y cuando el tiempo trascurrido fué,
En una noche en que Colon dormia,
La sublime vision del genio ardiente
Así le habló, con ademan vehemente,
Sintiendo al par inspiracion y fe.

VI.

« Fuiste, ilustre Colon, el que primero
» Abrió de un mundo el inmortal camino;
» Fuiste tambien quien por contrario sino
» Le cruzó ántes que nadie prisionero.
» ¡No es todo aun! Terrífico y severo,
» Nuevo horrendo dolor, á tu destino
» Enlutará su porvenir divino,
» ¡Testigo siendo el universo entero!
» ¡No temas, no! Sobre mis blancas alas
» Cuando tu expires te alzaré á la gloria,
» Radiando al par por las empires salas.
» El Nuevo-Mundo llorará tu historia;
» Pero entre ricas y brillantes galas,
» ¡Bendecirán dos mundos tu memoria! »

ANTONIO VINAGERAS.

Paris 1854.

LA MANTILLA DE TIRA

CANCION ANDALUZA

CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO

música del maestro IRADIER.

Moderato.

PIANO.

The piano introduction consists of two staves. The right hand plays a melodic line with grace notes and slurs, while the left hand provides a rhythmic accompaniment with chords and eighth notes. The tempo is marked 'Moderato'.

CANTO.

Cuan-do voi por e - sas ca - lles — Con la man - ti - lla de ti - ra No hay o - jos que no me

The vocal line begins with a rest, followed by the lyrics. The piano accompaniment continues with a steady rhythm. The tempo remains 'Moderato'.

mi - ren — Ni co - ra - zon que re - sis - ta, — Cuan - do voy por e - sas ca - lles — Con la man - ti - lla de ti - ra No hay o

rall.

col canto

The vocal line continues with the lyrics. The piano accompaniment features a 'col canto' section where the piano part mirrors the vocal melody. The tempo is marked 'rall.' (rallentando).

— jos que no me mi - ren — Ni co - ra - zon que re - sis - ta. Y si en cuen - tro al gun fran - chu - te, —

Allegro.

The vocal line continues with the lyrics. The piano accompaniment becomes more rhythmic and lively. The tempo is marked 'Allegro'.

Y a ena - mo - rar me se ar - ri - na!, — Le ja - go per - der el pes - guis, Y can tar las le - ta ni

Moderato.

The vocal line concludes with the lyrics. The piano accompaniment returns to a moderate tempo. The tempo is marked 'Moderato'.

Con gracia y portamento de voy.

as. So - lo, so-lo mi pa-qui - yo Por que por que quie-ro

yo; Pue en-trar pue entraren mi ca - sa de no - che, de noche, y con sol ay! So-lo mi Pa -

- qui-llo por que quie-ro yo, pue entrar en mi ca - sa de noche, y con sol ay! So-lo mi Pa-qui-llo ay! por que quie-ro

Andante.

yo ay! Pue entrar en mi ca - sa ay! De noche, y con sol. Que esta lu - ce - - ci - ta So - lo a

Allegro.

el da ca-lor, Pue entraren mi ca - sa hay! Pue entraren mi ca - sa hay! Pue entraren mi ca - sa ay! De noche, y con sol. Sva loco

Procédés de l'antenstein et Cordel, 92, rue de la Harpe.

2.

Con la zarga malagueña
Mas gorpe doy en Sevilla
Que toita una Señora
Con sombrero y papalina.
Y aunque miro á toos los criños
Endinotes que me miran,
No hay novea en palacio
Y basta que yo lo diga.
Solo mi Paquillo, etc.

3.

Mis ventanas, caballeros,
Pueo decí con fantasía
Que parecen los retablos
De las animas benditas.
Que hay muchos mozos penando
Por esta cara bonita
Mas la plaza no se rinde
Aunque tantos me la sitian.
Solo mi Paquillo, etc..

4.

Al pasar por el resguardo
Con la mantilla de tira,
Soy muy capaz de colarme
Con cien fardos de Virginia ;
Que no hay poer en la tierra
Que á esta moza se resista
Cuando dice muy gachona,
« No es usté quien me registra. »
Solo mi Paquillo, etc.

LA HIJA DEL CAPITAN.

NOVELA ESCRITA POR ALEJANDRO PUGHKINE.

(Continuacion.)

Se mandó que los espíaran: Inlai, kalmuko bautizado, hizo al comandante una revelacion muy grave. Segun él, el *uriadnik* habia traído falsas nuevas; á su regreso, el pérfido cosaco habia dicho á sus camaradas que habia llegado al campamento de los rebeldes, que habia sido presentado á su gefe, y que habiéndole dado este la mano para que se la besara, habia hablado despus con él mucho rato.

El comandante mandó arrestar en seguida al *uriadnik*, y nombró á Inlai para que lo reemplazara. Este cambio fué recibido por los cosacos con visible descontento. Murmuraban en voz alta, é Ivan Ignatich, encargado de ejecutar la órden del comandante, le oyó decir bastante claramente:

«Aguarda, aguarda, rata de guarnicion»

El comandante habia querido interrogar á su prisionero en aquel mismo dia; pero el *uriadnik* se habia escapado, ayudado sin duda por sus cómplices.

Un nuevo acontecimiento vino á acrecentar la inquietud del capitán. Prendióse á Bachkir, con pliegos sediciosos. El comandante tomó el partido en aquella coyuntura de reunir otra vez á sus oficiales, y con este objeto quiso tambien alejar de casa á su mujer con un pretexto especioso. Pero como Ivan Kuzmitch era el mas recto y el mas sincero de los hombres, no halló mas medio que el que habia empleado anteriormente.

¡Ves! Basilisa Legorovna, le dijo tosiendo varias veces, el padre Garasim ha recibido de la ciudad, segun se dice...

— Calla, calla, le interrumpió su mujer; tú quieres volver á reunir un consejo de guerra y hablar sin que mi presencia te estorbe de Iemeliane Pugatcheff; pero esta vez no me engañarás.

Ivan Kuzmitch abrió mucho los ojos: Y bien madre-cita, le dijo, si lo sabes todo, quédate; no hay mas que hacer, hablaremos delante de tí.

— Bien, bien padrecito, respondió ella; tú no sabes ser astuto. Envía á buscar á los oficiales.

Nos reunimos de nuevo. Ivan Kuzmitch nos leyó en presencia de su mujer la proclama de Pugatcheff, redactada por algun cosaco semi-literato. El bandido nos declaraba su propósito de marchar inmediatamente sobre nuestra fortaleza, invitando á los cosacos y á los soldados á que se le incorporaran, al paso que aconsejaba á los gefes que no hicieran ninguna resistencia, amenazándolos en caso contrario con el último suplicio. La proclama estaba escrita en términos groseros y enérgicos, que debían producir grande impresion en el ánimo de las gentes sencillas.

¡Qué bribón! exclamó la comandanta. ¡Ved lo que se atreve á proponernos! ¡Qué salgamos á esperarlo, y que echemos á sus pies nuestras banderas! ¡Ah! ¡el hijo de perro! ¡no sabe que hace cuarenta años que servimos, y que, gracias á Dios, sabemos de todo! ¿Es posible que haya habido comandantes bastante cobardes para obedecer á ese facineroso?

— No debia de ser así, contestó Ivan Kuzmitch; sin embargo, se dice que ese malvado ha sorprendido y ocupado ya muchas fortalezas.

— Con efecto parece que es bastante fuerte, observó Alexei.

— Al momento vamos á saber cual es su fuerza real, repuso el comandante. Basilisa Legorovna, dame la llave del granero. Ivan Ignatich, baja al bachkir, y di á Inlai que traiga varas.

— Aguarda un poco, Ivan Kuzmitch, dijo la comandanta levantándose de su asiento; déjame sacar á Maria fuera de casa, de otro modo oiría los gritos, y tendría miedo. Y por mi parte para ser franca, debo decir, que me gustan poco tales investigaciones. A mas ver, señores...

La tortura estaba en aquella época tan arraigada en las costumbres de los tribunales, que el decreto que habia prescrito su abolicion (1), quedó sin efecto. Se creia que la confesion del acusado era necesaria para poder condenar, idea no solo irracional, sino contraria al buen sentido en materia jurídica, porque si la negacion del acusado no se acepta como prueba de inocencia, la declaracion que se le arranca, no debe con mas motivo ser prueba de culpabilidad. Ahora mismo, me sucede que oigo á jueces viejos lamentarse de que no exista esa bárbara costumbre del tormento. Pero entonces nadie ponía en duda su necesidad, ni los jueces, ni los mismos acusados. Por eso no sorprendió ni conmovió á nadie la órden del comandante.

Ivan Ignatich fué á por el bachkir, que estaba encerrado bajo llave en el granero de la comandanta, y pocos instantes despues fué conducido á la antesala. El comandante lo mandó traer á su presencia.

El Bachkir pasó el umbral de la puerta con trabajo, porque tenia los pies trabados. Se quitó su gorro cónico y se paró cerca de la puerta. Yo lo miré y temblé involuntariamente. Nunca olvidaré aquel hombre: parecia á lo ménos de setenta años, y no tenia ni narices ni orejas. Su cabeza estaba afeitada: en la barba no tenia mas que algunos pelos canos. Su estatura era pequeña, delgado de cuerpo, encorvado; pero sus ojos tártaros brillaban todavia.

¡Eh! ¡eh! dijo el comandante, que conoció en aquellos terribles indicios á uno de los revoltosos castigados

(1) De Catalina II.

en 1741; tú eres un lobo viejo á lo que veo; tú has estado ya en nuestras redes. No es esta la vez primera que te has sublevado, puesto que tu cabeza se halla tan bien rapada. Acércate, y dí quien te ha enviado.

El viejo bachkir callaba y miraba al comandante con aire de completa imbecilidad.

— ¿Porqué callas? continuó diciendo Ivan Kuzmitch. ¿No entiendes el ruso? Inlai, pregúntale en su lengua quien lo ha enviado á nuestra fortaleza?

Inlai repitió en idioma tártaro la pregunta de Ivan Kuzmitch. Pero el bachkir lo miró con la misma expresion y sin responder una sola palabra.

¡Iachfis! (1) gritó el comandante; yo te haré hablar. Veamos; quitadle ese vestido rayado, ese vestido de loco, y azotadle las espaldas.

Dos inválidos comenzaron á desnudar al Bachkir. Una viva inquietud se pintó entonces en el rostro del desgraciado. Comenzó á mirar á todos lados, como un pobre animalito cogido por muchachos. Pero cuando uno de los inválidos le agarró las manos para echarse las al cuello y levantó al viejo sobre las espaldas doblándose al mismo tiempo, cuando Inlai empuñó las varas y las alzó para herirlo, el bachkir lanzó un gemido suplicante y levantando la cabeza, abrió la boca, y mostró un fragmento de lengua.

Todos nos quedamos aterrados al presenciar aquel espectáculo.

¡Bueno! dijo el comandante, no podremos saber nada por él. Inlai lleva al bachkir al granero; y nosotros, señores, aun tenemos que hablar.

Continuábamos discutiendo acerca de nuestra situacion, cuando Basilisa entró precipitadamente en el cuarto, jadeando y trayendo pintada en el rostro la mas viva inquietud.

¿Qué te ha sucedido? la preguntó el comandante sorprendido:

— ¡Maldicion! ¡maldicion! contestó Basilisa Legorovna; esta mañana ha sido tomado el fuerte de Nijneorsern; el muchacho del padre Garasim acaba de volver. El ha presenciado la toma. El comandante y los oficiales han sido colgados; los soldados hechos prisioneros; los facinerosos van á venir aquí.

Esta inesperada noticia me causó una impresion profunda; el comandante de la fortaleza de Nijneorsern, joven dulce y modesto, me era conocido. Habia pasado dos meses hacia con su esposa, procedente de Oremburgo, y se habia alojado en casa de Ivan Kuzmitch. La Nijneorsiana distaba solo veinticinco kilómetros de nuestro fuerte. De un momento á otro debíamos aguardar ser atacados por Pugatcheff. La suerte de Maria Ivanovna se presentaba á mi imaginacion, y se me oprimia el corazon pensando en ella.

Escuchad, Ivan Kuzmitch, dije al comandante, nuestro deber es defender la fortaleza hasta el último suspiro, convenido. Pero es necesario pensar en la seguridad de las mujeres. Enviadlas á Oremburgo, sino está interceptado el camino, ó bien á una fortaleza mas distante y segura, donde no hayan penetrado aun esos malvados.

Ivan Kuzmitch se volvió hácia su mujer: ¡ves! madre-cita, en efecto, ¿no convendrá enviaros á algun punto lejano hasta que hayamos vencido á los rebeldes?

¡Qué locura! respondió la comandanta. ¿Donde está la fortaleza que no haya recibido las balas? ¿Quién dice que no está segura la Belogorskaia? Gracias á Dios ya hace veinte años que vivimos aquí. Hemos visto á los bachkirs y los kirghises; tal vez rendiremos á Pugatcheff.

— Bien, madre-cita, replicó Ivan Kuzmitch, quédate si quieres, supuesto que confias en nuestra fortaleza. ¿Pero qué haremos de Maria? Bueno, si los cansamos ó nos socorren, ¿pero y si esos bandidos toman el fuerte?

— Bien, entonces... Basilisa Legorovna no hizo mas que bulbucear, y se calló sofocado su aliento por la emocion.

No, repuso el comandante, observando que sus palabras habian causado mucha impresion á su mujer, quizá por la primera vez de su vida; no conviene que Maria se quede con nosotros. Enviémosla á Oremburgo á casa de su madrina. Allí hay soldados y cañones, y las murallas son de piedra. Y á tí tambien te aconsejaria que te fueras con ella, porque aunque seas vieja juzga lo que seria de tí si tomaran la fortaleza por asalto.

— Está bien, dijo la comandanta, enviaremos fuera á Maria, pero no me ruegues á mí que parta, porque será inútil. No me conviene de ningun modo en mi avanzada edad el separarme de tí, y el ir á buscar un sepulcro solitario en país extranjero. Juntos hemos vivido y juntos moriremos.

— Tienes razon, contestó Ivan Kuzmitch. Vamos, no hay que perder tiempo. Vé á equipar á Maria para que se ponga en camino; mañana saldrá de aquí al romper el dia, y aun le daremos una escolta aunque á decir verdad, no nos sobra aquí la gente. ¿Pero en donde está Maria?

— En casa de Akulina Pamphilovna, respondió su madre; se ha indispuerto al oír la noticia de la toma de Nijneorsern; temo que enferme gravemente. ¡Dios y Señor! ¡Qué tiempos alcanzamos!

Basilisa Legorovna fué á hacer los preparativos convenientes para el viaje de su hija. Continuó la conferencia en el cuarto del comandante; pero yo no tomé ninguna parte en ella.

(1) Juramento tártaro.

Maria Ivanovna se presentó á la hora de cenar, pálida y con los ojos encendidos. Cenamos silenciosamente y nos levantamos de la mesa mas pronto que otras veces. Cada uno se fué á su alojamiento despues de haberse despedido de toda la familia. Olvidé de intento mi espada, y volví por ella; presentia que habia de hallar á Maria sola. Con efecto, nos encontramos en la puerta, y ella me presentó la espada. «Adios Pedro Andreitch, me dijo llorando; me envian á Oremburgo. Páselo Vd. bien y sea Vd. muy feliz. Tal vez permita Dios que nos volvamos á ver: sino...» Prorrumpió en gemidos. Yo la estreché contra mi pecho. «Adios, ángel mio, la dije, querida mia, amada mia, suceda lo que quiera, acuérdate de mí, y ten por cierto, que mi último pensamiento, y mi última oracion serán para tí.»

Maria continuó llorando, reclinada su cabeza sobre mi hombro. Yo la besé con transporte, y salí precipitadamente de su casa.

VII.

EL ASALTO.

No pude dormir en toda la noche, y ni siquiera me desnudé. Tenia pensado salir muy temprano por la puerta de la fortaleza por donde debia partir Maria Ivanovna para decirle el último adios. Sentí en mí un cambio completo. La agitacion de mi alma me parecia ménos penosa que la negra melancolia en que me veia sumergido anteriormente. Al dolor de la separacion se mezclaban esperanzas vagas pero dulces, la expectativa impaciente de los peligros y el sentimiento de una ambicion noble. La noche se deslizó con rapidéz. Iba á salir cuando abrieron mi puerta, y el cabo entró para anunciarme que nuestros cosacos habian salido de la fortaleza ántes de amanecer, habiéndose llevado por fuerza á Salas, y que al rededor de nuestras murallas corrian á caballo gentes desconocidas. La idea de que Maria Ivanovna no habia podido alejarse, me heló de terror, di de prisa algunas instrucciones al cabo, y corrí á casa del comandante.

Comenzaba á hacerse de dia. Bajaba rápidamente la calle, cuando vi que me llamaban. Me paré. ¿Me atreveré á preguntar á V. adonde va? me dijo Ivan Ignatich alcanzándome: Ivan Kurmitch está sobre la muralla, y me envia á buscar á Vd. El Pugatch (1), ha llegado.

— ¿Ha partido Maria Ivanovna? pregunté temblando.

— No ha tenido tiempo, respondió Ivan Ignatich; el camino de Oremburgo está interceptado, la fortaleza está cercada. Esto va malo, Pedro Andreitch.

Nos dirigimos á la muralla. La guarnicion estaba reunida con las armas en la mano. La vispera habian montado el cañon. El comandante se paseaba arriba y abajo delante de su tropa; la proximidad del peligro habia devuelto al antiguo militar un vigor extraordinario. En la estepa, y á corta distancia de la fortaleza se veian una veintena de ginetes que parecian cosacos; pero entre ellos habia algunos bachkirs, fáciles de distinguir por sus gorras y carcajes. El comandante recorria las filas diciendo á los soldados: «vamos, hijos, mostrémonos bien hoy por nuestra buena emperatriz, y hagamos ver á todo el mundo que somos valientes y fieles á nuestros juramentos.»

Los soldados manifestaron con grandes gritos su buena voluntad.

Alexei estaba junto á mí, examinando al enemigo con atencion. Las gentes que se veian en la estepa, aperebiendo sin duda algun movimiento en la fortaleza, se reunieron en grupos y hablaron entre sí. El comandante ordenó á Ivan Ignatich que apuntara contra ellos el cañon, y él mismo aplicó la mecha. La bala pasó silvando por encima de sus cabezas sin herir á nadie. Los ginetes se dispersaron en seguida al galope, y la estepa se quedó desierta.

En aquel momento se presentó Basilisa Legorovna, acompañada por Maria que no habia querido separarse de su madre.

— ¡Bueno! dijo la comandanta, ¿cómo va la batalla? ¿dónde está el enemigo?

— El enemigo no está lejos, contestó Ivan Kuzmitch; pero si Dios lo permite, todo irá bien. ¡Y tú, Maria, tienes miedo!

— No, papá, respondió la jóven; mas miedo tengo estando sola en casa.

Me dirigió la vista, esforzándose en reir. Apreté fuertemente el puño de mi espada, recordando que la habia recibido la vispera de sus manos, como para defensa suya. Mi corazon latia con violencia; me creia su caballero; tenia sed de probarle que era digno de su confianza, y aguardaba con impaciencia el momento decisivo.

De repente, desembocando por una altura que se encontraba á ocho kilómetros de la fortaleza, aparecieron nuevos grupos de hombres á caballo, y muy pronto se cubrió toda la estepa de gente armada con lanzas y flechas. Entre la muchedumbre, vestido con un caftan rojo, y con el sable en la mano, se divisaba un hombre montado en un caballo blanco. Era Pugatcheff. Separó, formaron círculo al rededor de él, y en seguida, probablemente segun sus órdenes, salieron del peloton cuatro hombres y partieron al galope en direccion de la

(1) Este palabra derivada de Pugatcheff, significa el es-pntajo.

fortaleza. Conocimos que eran algunos de nuestros traidores. Uno de ellos levantaba un papel por encima de su gorra; otro llevaba en la punta de su pica la cabeza de Inlai, que nos arrojó por encima de la empalizada. La cabeza del pobre kalmuko rodó á los piés del comandante. Los traidores nos gritaban: « No tireis; salid á recibir al czar; el czar está aquí. »

— ¡Muchachos, fuego! gritó el capitán por toda respuesta.

Los soldados hicieron una descarga. El cosaco que tenía la carta vaciló y cayó del caballo; los otros huyeron á escape. Yo eché una ojeada á María Ivanovna. Helada de terror á la vista de la cabeza de Inlai, aturrida con el ruido de la descarga, parecía inanimada. El comandante llamó al cabo, y le mandó que fuera á traer el papel que tenía en la mano el cosaco derribado al suelo.

El caporal salió al campo, y volvió trayendo de las riendas el caballo del muerto. Entregó la carta al comandante. Ivan Kuzmitch la leyó en voz baja y la hizo pedazos. Entre tanto, se veía como los rebeldes se preparaban para un ataque. Pronto silbaron las balas en nuestros oídos, y algunas flechas vinieron á clavarse en la tierra al rededor nuestro y en las estacas de la empalizada.

— Basilisa Legorovna, dijo el comandante, las mujeres no tienen nada que hacer aquí. Llévate á María, repara que esa criatura está mas muerta que viva.

Basilisa Legorovna, á quien parecía que las balas habían dado ligereza, echó una mirada á la estepa, en la que se veía mucho movimiento, y dijo á su marido: « Ivan Kuzmitch, Dios da la vida y la muerte; bendice á María; María, acércate á tu padre. »

Pálida y temblorosa, se aproximó María á Ivan Kuzmitch, se puso de rodillas, y le hizo una profunda reverencia. El comandante hizo tres veces sobre ella el signo de la cruz, luego la levantó, la besó, y le dijo con voz que alteraba la emoción: « Bien, María, sé feliz; ruega á Dios, y él no te abandonará. Si encuentras un hombre honrado, que Dios os conceda á los dos amor y razón. Vivid juntos como hemos vivido tu madre y yo. Adios, María. »

Basilisa Legorovna, llevátele en seguida. María se arrojó al cuello de su padre y se echó á llorar.

— Abracémonos todos, dijo la comandanta sollozando. A Dios, mi Ivan Kuzmitch, perdóname si te he desazonado alguna vez.

— Adios, adios, madrecita mía, dijo el comandante besando á su antigua consorte; vamos, basta; id á casa; y si tienes tiempo pon á María un *sarafan* (1).

La comandanta se fué con su hija. Yo seguí á María con la vista; ella se volvió y me hizo el último signo con la cabeza.

Ivan Kuzmitch volvió á nosotros, y dirigió toda su atención al enemigo. Los rebeldes se reunieron al rededor de su jefe, y de repente echaron pié á tierra. « Prepararse, nos dijo el comandante, van á comenzar el asalto. »

En el aquel mismo momento resonaron por los aires gritos salvajes. Los rebeldes venían á todo correr hacia la fortaleza. Nuestro cañon estaba cargado con metralla. El comandante los dejó llegar á muy corta distancia, y volvió á disparar la pieza. La metralla cayó en medio de aquel tropel, que huyó en todas direcciones. Solo el caudillo quedó en su puesto, agitando su sable, como quien los exhorta con calor. Los gritos agudos que habían cesado un instante, resonaron de nuevo. « Ahora, hijos, exclamó el capitán, abrid la puerta, dad un redoble de tambor, y adelante. Seguidme. »

El comandante, Ivan Ignatitch y yo, nos encontramos al instante fuera del parapeto. Pero la guarnición, intimidada, no se había movido de su puesto.

— Qué hacéis ahí inmóviles, hijos míos, gritó Ivan Kuzmitch; si es preciso morir, moriremos; así lo exige en tales casos el servicio. En aquel momento cayeron sobre nosotros los rebeldes y forzaron la entrada de la ciudadela. El tambor no sonó, la guarnición arrojó las armas. Me habían tirado al suelo, me levanté y entré revuelto con la multitud en la fortaleza. Vi al comandante herido en la cabeza, estrechado por una partida de facinerosos que le pedía las llaves. Iba á echar á correr para socorrerlo, cuando algunos cosacos vigorosos me agarraron y me ataron con sus *kuchaks* (2), gritando: « Aguardad, aguardad, vais á ver lo que hacemos con vosotros, traidores al czar. »

Nos llevaron así sujetos por las calles. Los habitantes salían de sus casas, ofreciendo el pan y la sal. Tocaron las campanas. De repente gritos descomparados anunciaron que el czar estaba en la plaza, aguardando á los prisioneros para recibir sus juramentos. Toda la muchedumbre se apartó á un lado para dejar libre el paso á los que nos conducían.

Pugatcheff se hallaba sentado en un sillón, á la entrada de la casa del comandante. Estaba cubierto con un elegante caftan cosaco, bordado por todas las costuras. Un gorro alto, puntiagudo, de marfa zibelina, adornado con bellotas de oro, le bajaba hasta sus ojos centelleantes. Me pareció que no me era desconocida aquella cara. Rodeábanlo los jefes cosacos. El padre Garasim, descolorido y trémulo, estaba en pié, con la cruz en la mano, cerca del vestibulo, y parecía que le suplicaba en silencio en favor de las víctimas que habían traído á su presencia. Erigiase á toda prisa en la plaza misma un patíbulo. Cuando nos acercamos, los bach-

kirs apartaron el numeroso concurso de curiosos, y nos pusieron delante de Pugatcheff. Cesó el estrepitoso elamoreo de las campanas, y á su ruido atronador sucedió un sepulcral silencio.

— ¿Quién es el comandante? preguntó el usurpador. Nuestro *uriadnik* salió de entre los grupos y designó á Ivan Kuzmitch.

Pugatcheff miró al viejo con una expresión terrible, y le dijo: « ¿Cómo te has atrevido á hacer armas contra mí, contra tu emperador? »

El comandante, á quien había debilitado mucho su herida, trató de recoger todas sus fuerzas, y contesto con voz firme:

— Tú no eres mi emperador; tu eres únicamente un usurpador, un bandido, ¿lo sabes? ¡ves tu!

Pugatcheff frunció las cejas y levantó su pañuelo blanco.

En seguida muchos cosacos se apoderaron del viejo capitán, y lo llevaron al suplicio. A caballo sobre el cadalso apareció el Bachkir desfigurado que había sido interrogado la víspera. Tenía en la mano una cuerda, y un instante después vi al pobre Ivan Kuzmitch suspendido en el aire.

Trajeron á Ivan Ignatitch al tribunal del terrible Pugatcheff.

— Presta juramento, le dijo este, al emperador Pedro Fedorovitch (1).

— Tú no eres nuestro emperador, respondió el teniente, repitiendo las palabras de su capitán: tu eres un bandido, tío mio, y un usurpador.

Pugatcheff hizo la señal del pañuelo, y por consiguiente Ivan Ignatitch fué llevado y ahorcado al lado de su antiguo jefe.

Me había llegado el turno. Fijé atrevidamente la mirada en Pugatcheff, dispuesto á repetir la contestación de mis valientes camaradas. Entonces con mucha sorpresa mía, vi entre los rebeldes á Alexei Ivanitch, que había tenido tiempo para cortarse el pelo en cerquillo y cubrirse con un caftan de cosaco.

Se acercó á Pugatcheff y le dijo algunas palabras al oído. « Que le cuelguen, » dijo este, sin dignarse mirarme.

Me echaron la cuerda al cuello. Me puse á hacer oración en voz baja, ofreciendo á Dios un sincero arrepentimiento de todas mis culpas, y rogándole que salvara á todas las personas caras á mi corazón. Ya me habían conducido al patíbulo. « No temas nada, no temas nada, » me decían los asesinos, quizá por animarme. De repente se dejó oír un grito: « Deteneos, malditos. » Los verdugos se pararon: miro... Savelitch estaba tendido á los piés de Pugatcheff. « Padre mio, le decía mi pobre menino, ¿qué necesidad tienes de dar muerte á ese pobre muchacho? déjalo libre, y lograrás por su vida un buen rescate. Pero para escarmiento de los demás, manda que me ahorquen á mí. »

Pugatcheff hizo un signo, y en seguida me soltaron.

« Nuestro padre te perdona, » me decían ellos. No puede decir si en aquel momento gocé viéndome libre del suplicio, pero tampoco puedo decir que me daba pena. Mis sentidos estaban demasiado turbados. Me condujeron otra vez á la presencia del usurpador, y me hicieron poner de rodillas á sus piés.

Pugatcheff me tendió su mano musculosa: « Besa la mano, besa la mano; » me gritaban de todas partes. Pero yo hubiera preferido el suplicio mas atroz á tan infame envilecimiento. « Padre mio Pedro Andreitch, me decía en voz baja Savelitch, que estaba detrás de mí y que me empujaba con el codo, no seas terco, no te obstines; ¿qué te cuesta eso? escupe y besa la mano del bandi... bésale la mano. »

No me moví.

Pugatcheff retiró la mano y dijo sonriéndose: « Su señoría está á lo que parece, estupefacto de alegría; levantadlo. »

Me levantaron, y me quedé en libertad. Entonces contemplé la continuación de la horrible y vil comedia. Los habitantes comenzaron á prestar juramento. Se acercaban de uno en uno, se arrodillaban, besaban la cruz y saludaban al usurpador. Llegó la vez á la guarnición: el sastre de la compañía, armado con sus enormes tijeras, les cortaba la coleta. Sacudían la cabeza y acercaban los labios á la mano de Pugatcheff; este les declaraba que estaban perdonados, y que eran recibidos en sus tropas. Todo esto duró cerca de tres horas. Por fin se levantó Pugatcheff del sillón y bajó del vestibulo seguido de ses jefes.

Le trajeron un caballo lujosamente enjaezado. Dos cosacos lo cogieron en sus brazos y le ayudaron á montar. Le anunció al padre Garasim que comería en su casa. En aquel instante se oyó un grito agudo de mujer. Algunos bandidos sacaban á Basilisa Legorovna desmenada y casi desnuda. Uno de ellos se había puesto su manteleta; los otros se llevaban los colchones, los cofres, la ropa blanca, el servicio del té, y toda clase de utensilios. « ¡Padres míos! gritaba la pobre vieja, dejadme por piedad; padres míos, padres míos, conducidme adonde se halla mi Ivan Kuzmitch. » De repente vió el patíbulo y apercibió en él á su marido. « Malvados, exclamó fuera de sí ¿qué habeis hecho? O mi luz, Ivan Kuzmitch, atrevido corazón de soldado; ni las bayonetas prusianas te han tocado, ni las balas turcas; y has perecido á manos de un vil desertor. »

— Haced callar á esa bruja, dijo Pugatcheff: un cosaco jóven la hirió con su sable en la cabeza, y cayó muerta á sus piés junto á la puerta de su casa.

Pugatcheff partió; todo el pueblo seguía sus pasos.

VIII.

LA VISITA INESPERADA.

La plaza se quedó desierta. Yo me quedé en el mismo sitio, no pudiendo reunir mis ideas, perturbadas por tantas y tan terribles emociones.

Mi incertidumbre acerca de la suerte de María Ivanovna me atormentaba mas que todo. « ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de ella? ¿Ha tenido tiempo para esconderse? ¿Está segura en su retiro? » Lleno de estos pensamientos dolorosos, entré en casa del comandante. Todo estaba desierto, como la plaza. Las sillas, las mesas, los armarios, todo había sido quemado; la vajilla estaba hecha pedazos. Un horroroso desorden reinaba en todas partes. Subí rápidamente por la escalerilla que conducía á la habitación de María Ivanovna, en donde iba á entrar por la vez primera de mi vida. Su lecho estaba revuelto, el ropero de par en par y saqueado. Una lámpara lucía todavía delante del *kivolt* (1), igualmente vacío. También había quedado un espejito empotrado entre la puerta y la ventana. ¿Qué era de la moradora de aquella celda sencilla y virginal? Una idea terrible cruzó por mi mente. Me figuré que María había caído en poder de los bandidos. Se me oprimió el corazón; prorumpí en llanto, y pronuncié en voz alta el nombre de mi amada. En aquel momento se dejó oír un ligero ruido, y Palachka, pálida y temblorosa salió de detrás del armario.

— ¡Ah! Pedro Andreitch, dijo juntando las manos, ¡qué día! ¡qué horrores!

— ¿Y María? pregunté con impaciencia, ¿qué es de María Ivanovna?

— La señorita vive; está oculta en casa de Akulina Pamphilovna.

— ¡En casa del cura! exclamé con terror. ¡Gran Dios! ¡Pugatcheff está allí!

(Se continuará.)

Curiosidades de Inglaterra.—Colegio de Dulwich.

Si es permitido juzgar del genio de un pueblo por el espíritu de sus instituciones y el carácter de sus monumentos, habrá que convenir en que la Inglaterra manifiesta algun tanto en los suyos un afecto singular á ciertas formas inusitadas en el dia, con lo cual pone de manifiesto un invencible espíritu de rutina, mas bien que un respeto piadoso hacia el pasado que pretende honrar de aquella manera. La prodigalidad de ese espíritu produce á veces en los usos de la nación inglesa discordancias muy singulares, si podemos hablar así; en las instituciones consagra abusos intolerables en principio, pero muy admitidos en la práctica, únicamente porque se hallan sancionados por el tiempo.

¿A quién no le ha chocado en Inglaterra la abundancia del estilo gótico? Para esa nación la tal tendencia es mas que un asunto de gusto y en ella puede verse en cierto modo una especie de eflorescencia de ese espíritu conservador que tiene las tradiciones en tan alto precio. A esta disposición tan pronunciada, se deben esas contradicciones que en la vida inglesa oponen casi á cada paso las modas y los usos modernos á los usos y modas de los tiempos pasados. Al cabo y al fin es de poco interes que haya oradores con corbata blanca, perorando en los salones góticos del Nuevo Parlamento; que haya alabarderos con justillos haciendo continela en la torre de Lóndres; estos son anacronismos sin influencia alguna; pero que á beneficio de un respeto mal comprendido por las cosas que el tiempo ha consagrado se perpetúen abusos conocidos, esto es ya una superstición sin ejemplo.

Muy fácil nos seria hallar en la Gran Bretaña muchas pruebas de esa facilidad con que se transmiten los abusos. No hay nadie que ignore verbigracia, los funestos efectos de régimen de mano muerta; la experiencia de los países extranjeros habria debido ilustrar á los ingleses sobre este punto, y aun es probable que sus convicciones están formadas ya en un sentido contrario al sostenimiento de un régimen tan perjudicial para los intereses generales, como se puede conjeturar por las tentativas que algunos hombres han emprendido en estos últimos tiempos contra los bienes tan considerables de las universidades; pero nada indica que este impulso dado á la opinion pública deba ser coronado de un buen éxito. El derecho de propiedad descansa en Inglaterra sobre bases tan indestructibles que la medida de despojar á las universidades de sus bienes hallará sin duda una oposición violenta.

El colegio de Dulwich nos suministra una nueva prueba de la fuerza que ciertos abusos sacan de esa disposición del pueblo inglés. Chateaubriand ha dicho que el protestantismo viste á los pobres y que el catolicismo los calienta; la caridad de los ingleses hace mas, los dota. Hay en Inglaterra instituciones de caridad, como la de Dulwich que son verdaderas propiedades para aquel objeto. Situado en medio de un país precioso y muy afamado antes por sus aguas minerales, el colegio de Dulwich, era solo en su origen una casa de refugio. Se fundó reinando Elisabeth por un actor llamado Eduardo Alleyne, contem-

(1) Pequeño armario con cristales, en el que se encierran las santas imágenes, formando una especie de altar doméstico.

(1) Vestido de lujo: entre los rusos es costumbre enterrar á los muertos con los vestidos mejores que tienen.

(2) Cinturones que llevan los paisanos rusos.

(1) Pedro III.

poráneo de Shakspeare, que consagró á esa obra una fortuna importante, adquirida en el ejercicio de su profesion. Grandes terrenos dependian del establecimiento. A causa del aumento sucesivo del valor de los bienes raíces, esas tierras han adquirido un valor de producto, que en el dia hacen de ese colegio el establecimiento mas rico. Los reglamentos administrados que dejó Alleyne han limitado rigorosamente el número de los recogidos y sus gastos, de modo que las inmensas rentas de Dulwich se quedan sin aplicacion, y capitalizadas todos los años, aumentan considerablemente su estéril riqueza. Esa propiedad, por la acumulacion de capitales que se opera sin cesar, amenaza llegar á ser un dia, una de las mas vastas de la Gran Bretaña, donde hay tantas corporaciones y obras pias que poseen grandes bienes. Es deplorable que tantas riquezas se queden sin empleo, y sería de desear que por efecto de una

disposicion legislativa, una parte de esa fortuna que á nadie aprovecha recayese sobre otros establecimientos menos prósperos; pero sin embargo nadie parece acordarse de esto, tan ligados consideran á los adminis-

tradores por las disposiciones terminantes del fundador. El colegio de Dulwich debia experimentar un nuevo favor de la fortuna. En 1811, un pintor inglés, Francis Bourgeois, descendiente de una familia francesa, le

puede visitar sin billete, se encuentran en las cercanias perspectivas encantadoras; es uno de los sitios mas hermosos que se hallan en los alrededores de Lóndres.

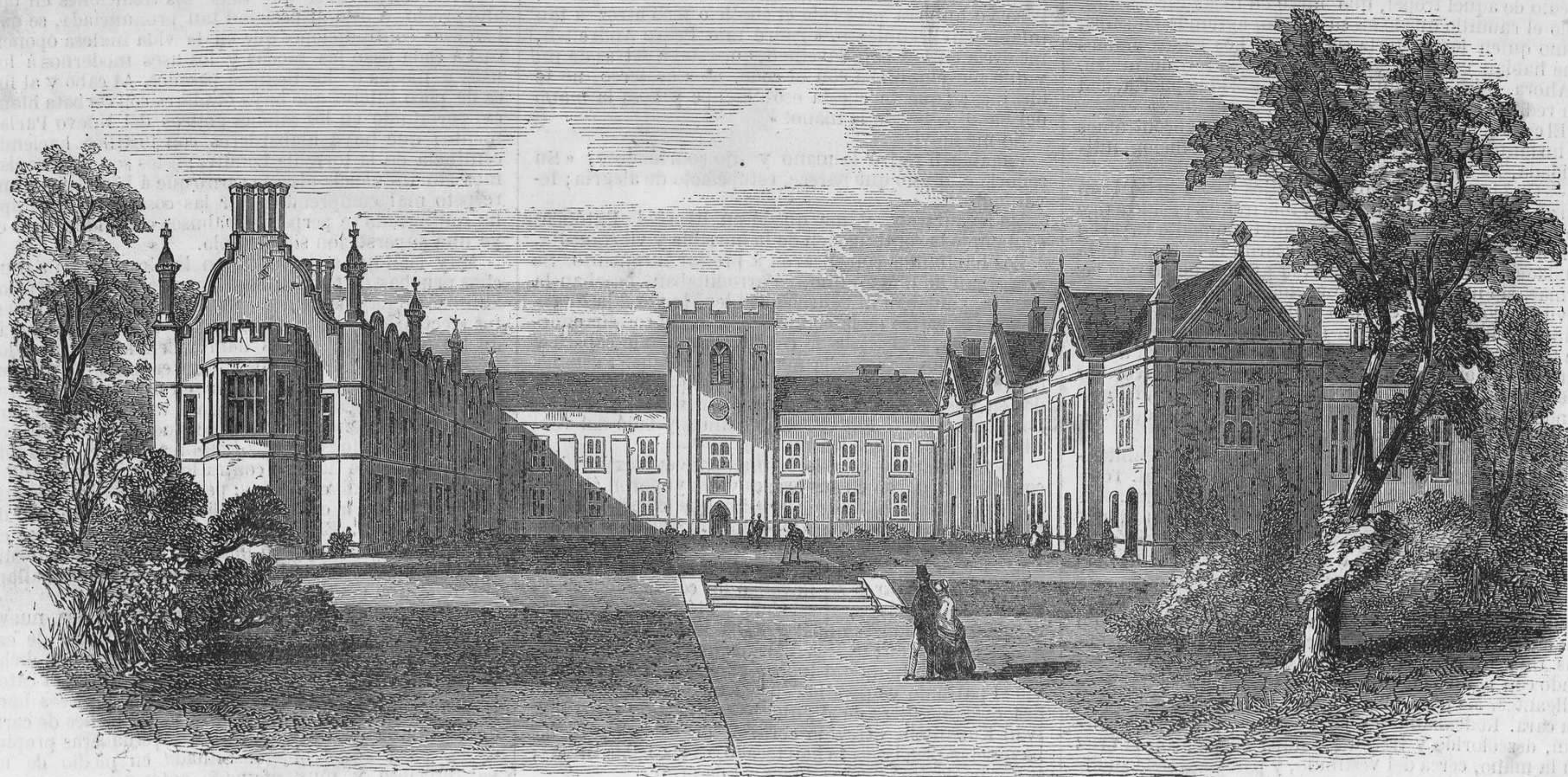
regaló al morir una importantísima coleccion de cuadros. Estos lienzos habian sido recogidos cuidadosamente en Lóndres para Estanislao, rey de Polonia, pero cuando el desmembramiento de este reino, el comerciante que los reunió se los dejó por testamento á Francis Bourgeois. Este último, al regalar la coleccion al colegio de Dulwich, unió á este donativo una suma bastante considerable, para erigir la galeria donde debian ponerse. En conformidad de la voluntad del testador un mausóleo que comunica con el centro de la galeria, encierra los restos reunidos de Bourgeois y de los hijos del comerciante de cuadros.

El catálogo de esta coleccion contiene 355 números, comprendiendo los principales nombres de todas las escuelas. Los cuadros se hallan colocados en cinco salones.

Dulwich presenta un interés particular para el artista y el aficionado. Además de la galeria que es pública, pero que no se



Entrada de la galeria de cuadros de Dulwich, cerca de Londres.



Colegio de Dulwich.